

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 14 DE AGOSTO DE 1922

No. 21-22

NICARAGUA:

Trece años de imperialismo americano

POR JOHN KENNETH TURNER

NUESTRA aventura en Nicaragua comenzó en 1909. El primer paso fué el esfuerzo para derrocar al Presidente Zelaya del poder, por medio de una revolución financiada por Adolfo Díaz, quien anteriormente no era sino un tenedor de libros con un sueldo de \$ 1,000 anuales, al servicio de una compañía minera americana de Pittsburgh. Díaz «prestó» a la revolución \$ 600,000 dólares, cuyo origen jamás ha podido él explicar. La mano de Washington comenzó a aparecer sólo cuando el movimiento anti-zelayista, que apareciera en forma de empresa particular, estaba a punto de fracasar. El primero de diciembre de 1909 el Secretario de Estado Knox, en una nota sumamente intemperante, rompió las relaciones con Zelaya y se declaró en favor de la revolución. Para esto le sirvió de pretexto la ejecución de dos filibusteros americanos, Roy Cannon y Leonard Groce, quienes fueron sorprendidos tratando de volar con dinamita una embarcación ocupada con tropas zelayistas. Como estos individuos se habían enrolado en las fuerzas enemigas de Zelaya, habían perdido, por consiguiente, todo el derecho que pudieron haber tenido a la protección de su propio Gobierno.

La acción de Knox trajo por consecuencia la renuncia y la fuga de Zelaya. Para que le sucediera, el Congreso de Nicaragua eligió al Dr. Madriz, quien, según la opinión general, era hombre de alta respetabilidad. Toda razón doméstica que existiera entonces para sostener la revolución desaparecía desde luego con la fuga de Zelaya, y la revolución, en efecto, habría muerto, si no la hubiese «salvado» la intervención americana.

Las fuerzas de Madriz tomaron posesión del país con excepción de Bluefields y embotellaron así el resto de los insurgentes en ese puerto.

Pero nuestros marinos desembarcaron y al comandante madricista se le prohibió entrar en la ciudad. Se importaron luego filibusteros de los Es-

tados Unidos. La revolución fué así reorganizada y reforzada y, poco tiempo después, pudo tomar otra vez la ofensiva. Protegidos sólo por los barcos de guerra y debido sólo a nuestra ayuda, las fuerzas de Díaz pudieron al fin posesionarse de la capital de Nicaragua.

Inmediatamente se presentó en Nicaragua un tal Thomas T. Dawson. Una entrevista con los jefes revolucionarios tuvo lugar a bordo de uno de los cruceros americanos y se entró en un convenio especial, conocido posteriormente con el nombre de Pacto Dawson. Díaz fué nombrado Vicepresidente y Estrada, el jefe militar de la revolución, Presidente. En cumplimiento del Pacto Dawson se hizo una comedia electoral bajo la intervención de los marinos americanos, cuya intención fué «hacer una nueva Constitución» que facilitara el plan de los banqueros. Pero el escándalo fué tal, que el Congreso en masa rechazó de plano el proyecto. Estrada, entonces, disolvió el Congreso y se declaró dictador, recibiendo, sin embargo, órdenes del Ministro americano. Pronto Estrada recibió órdenes de abandonar el poder, lo cual hizo. Entonces Adolfo Díaz, el ex-contabilista de las minas americanas, se convirtió en Presidente de la República SOBERANA de Nicaragua. Naturalmente, los nicaragüenses no podían estar contentos con el giro que tomaban las cosas y era más que lógico esperar que nosotros, quienes habíamos colocado a Díaz en el poder, fuéramos llamados en su auxilio. La Administración Taft envió unos 2,350 marinos y *blue jakets* a territorio nicaragüense y se comenzó una campaña general de pacificación. La batalla de Coyotepe y la de «León», ambas en octubre de 1912, dieron fin a la resistencia que oponían los patriotas nicaragüenses. Todo esto fué hecho sin la menor sombra de legalidad. Fué simple asesinato en grado superlativo. Si Mr. Wilson, al llegar a la Presidencia, hubiera tenido verdadero

aprecio por los principios democráticos y humanitarios de que hacía alarde durante la guerra europea, habría retirado inmediatamente sus fuerzas de Nicaragua y habría repudiado y denunciado la páfida intervención con que fueron enviadas allí. Muy al contrario, mantuvo nuestros marinos dentro del territorio de aquella República HERMANA y continuó favoreciendo los planes para el desarrollo de los cuales fueron desembarcados.

La Convención del «Canal», ratificada por el Senado el 18 de febrero de 1916, cede a los Estados Unidos lo siguiente:

1º—Derecho de propiedad exclusiva para construir, manejar y mantener, libre para siempre de todo gravamen, un canal interoceánico por Nicaragua.

2º—Concesión de las islas Corn ⁽¹⁾ por 99 años, renovables por parte de los Estados Unidos, con el fin de establecer bases navales.

3º—Cesión del territorio en el Golfo de Fonseca en los mismos términos.

En consideración a todo esto, Nicaragua deberá recibir \$ 3,000,000. Sin embargo, este dinero nunca ha estado más cerca de Nicaragua que lo que está un banco neoyorquino respecto a Managua. El convenio estipula que este dinero no puede ser girado sin autorización expresa del señor Secretario de Estado de los Estados Unidos de América. El resultado de todas estas negociaciones es que el dinero permanece, aún hoy día, en las cajas de un banco en Nueva York, que nunca ha rendido cuentas adecuadas, ni a Nicaragua, que está llamada a disfrutar de los beneficios de dicho dinero.

A simple vista la Convención del «Canal» aparece como compra y arrendamiento, pero el secreto está en los detalles privados. La «compra» del Canal y el «arrendamiento» de territorio no fueron exigencias del «Naval Board» sino de nuestros PATRIÓTICOS banqueros. Los motivos reales que los banqueros tenían, pueden juzgarse si se toma en cuenta lo que Nicaragua perdió además de la ruta del canal y el territorio cedido para bases navales.

Cuando Knox derrocó a Zelaya, Nicaragua era solvente—su deuda exterior ascendía solamente a 2 millones 500 mil dólares.— Sus ferrocarriles

(1) Mangle.

pertenecían al Estado. Los derechos aduaneros eran recibidos y gastados por hijos del país. El Gobierno administraba sus propios fondos. Los nicaragüenses legislaban y hacían respetar sus leyes.

Una vez completada nuestra conquista, y desde entonces Nicaragua ha estado en las manos de un interventor americano, con su deuda exterior aumentada a la cifra de 15 millones de dólares. Los ferrocarriles están en poder de los mencionados banqueros, quienes a la vez cobran y gastan la renta aduanera; son dueños del Banco Nacional y administran los fondos públicos. Las leyes para el gobierno de ciudadanos nicaragüenses fueron hechas en Wall Street, puestas en práctica y ejecutadas por agentes de Wall Street y administradas por americanos bajo el control del sindicato de banqueros.

Podría creerse que nuestros banqueros se apoderan de ferrocarriles, bancos y aduanas nicaragüenses, prestando a esta República grandes sumas de dinero que Nicaragua no podrá pagar; que la intervención del Departamento de Estado tuvo por objeto el cobro de tales sumas cuantiosas. Pero no es así. Anteriormente a los convenios Díaz y Estrada, estos señores banqueros no tenían ni un céntimo invertido en Nicaragua y así lo aseguran los mismos Díaz y Estrada. Todo su interés estaba basado en la tentadora oportunidad especulativa que ofrecía la condición indefensa de la pequeña República.

Wall Street hizo todas las maquinaciones para provocar la revolución en Nicaragua, nuestra intervención y control político con el solo propósito de lucrar; impulsados por los mismos motivos que más tarde les indujeron a forzar nuestra intervención en la guerra europea. El plan había dado buenos resultados en Sto. Domingo y en Honduras; más tarde debía ser Haití su campo de operaciones. Su última ambición es implantar el mismo sistema en México.

Tan pronto como Díaz se instaló en palacio, encontramos a nuestros banqueros acaparando reclamaciones fantásticas contra el Tesoro nicaragüense y al mismo tiempo instalados en forma de oficina de control legalizadora de tales reclamos, para ser presentados en Washington para su aprobación solemne y ratificación final.

El primer reclamo grande acaparador fué conocido con el nombre de «Reclamación Emery». Por espacio de veinte años Geo. D. Emery Company había explotado una concesión que les producía \$ 186,000 anuales. Zelaya revocó la concesión, alegando gran violación de los términos del contrato. Emery reclamó, pero no basado en su

inversión sino en las utilidades posibles de años venideros. El reclamo era tan incorrecto que cualquier corte honrada lo hubiera rechazado de plano. Los banqueros compraron el reclamo barato (hemos oído decir que por menos de 100,000 dólares) pero lo presentaron por 500,000 dólares, y esa fué la cifra aprobada por las administraciones Taft y Wilson.

Tal como se escribió en 1911, la Convención nicaragüense, conocida por Convención Knox-Castrillo, tuvo por objeto autorizar un préstamo a Nicaragua de 15 millones de dólares. Pero examinada la documentación, sacamos en claro que Nicaragua no recibía tales dineros, sino que los quince millones de dólares serían entregados a los banqueros para que ellos «dispusieran» el modo de «gastarlos»; descubrimos que los banqueros nunca debían pagar los mencionados quince millones de dólares; que las sumas, tal como las iban pagando, eran pagadas a ellos mismos. Primero para liquidar los reclamos Emery y otros, y segundo para *invertir* en favor del «desarrollo» del país. Para fundar un banco que sería de su exclusiva propiedad y para mejorar el ferrocarril que ellos habían de controlar. También debían los banqueros recibir una concesión para construir un nuevo ferrocarril, bajo condiciones dictadas por ellos, costado por Nicaragua y propiedad de los banqueros. Estos cobrarían las aduanas y cobrarían de allí, para hacerle frente a sus «reclamaciones» y desembolsos en favor del «progreso nicaragüense». Con el saldo debían pagarse a sí mismos 15 millones de dólares e intereses, para liquidar un préstamo que ellos nunca habían hecho más que en papel. Pero en el otoño de 1916, nuestro Congreso se convirtió en demócrata. La Convención Knox-Castrillo fué rechazada por los demócratas y fué titulada «Diplomacia del Dólar». Sin embargo, sus

peores detalles entran en vigor amparados al protectorado establecido ya por la Administración Wilson.

El honorable Secretario de Estado de Mr. Taft y nuestros banqueros no permitieron que todas esas maquinaciones fueran echadas a pique por la voluntad del Senado... Procedieron a operar de acuerdo con los términos de su Convención, sin hacer caso de la legalidad. El préstamo de 15 millones de dólares fué sustituido temporalmente por otro de millón y medio que tampoco debía ser entregado a Nicaragua, sino que los banqueros lo recibían para disponer de él. Los banqueros convinieron en «reorganizar» el Banco Nacional, quedando ellos dueños del 51 por ciento de las acciones y el 49 por ciento para Nicaragua. Para «garantizar» este «préstamo» el Gobierno daba en hipoteca su 49 por ciento, hipoteca sobre su ferrocarril y control del mismo, hipoteca sobre las aduanas, amortización para cancelar la deuda «Ethelburga», un contrato para «reformular» la moneda y varias otras menudencias de un valor financiero bastante sólido.

Primero que todo, nuestros banqueros tomaron posesión de las aduanas, donde hoy están protegidos en su empresa particular por la fuerza armada de Uncle Sam, cobrando los impuestos, pagando de allí mismo, sacando para cancelar principal e intereses de los «préstamos» que Nicaragua aun no ha recibido.

El arreglo de la «deuda» Ethelburga merece algunos comentarios. La verdadera deuda de Nicaragua era de \$ 2.500,000; únicamente representaban los bonos «refundidos» que habían sido negociados en Inglaterra poco antes de la expulsión de Zelaya y conocidos con el nombre de Bonos del Sindicato Ethelburga. Si esta negociación se hubiera llevado a cabo, completa, la deuda total de Nicaragua habría sido \$ 6.472,689. Pero Nicaragua nunca recibió ni un céntimo de este empréstito; se cometieron tales irregularidades, que los bonos llegaron a considerarse fraudulentos. Así lo dieron a comprender los banqueros, quienes ofrecieron someter el asunto a los tribunales ingleses. El Sindicato Ethelburga no deseaba litigar y se llegó a un arreglo entre los banqueros y el Sindicato. Pero sucedió que los banqueros no pactaron en representación de Nicaragua, sino que entraron en un arreglo con el Sindicato en su propio nombre. En otras palabras: los banqueros compraron la «deuda» Ethelburga a bajo precio.

El senador Smith, de Michigan, acusó a los banqueros de haber comprado los bonos al 25 por ciento y al mismo tiempo haberlos cobrado de Nicaragua a la par, \$ 6.250,000, con la apro-

A LOS AGENTES Y SUSCRITORES DE PROVINCIAS

En lo sucesivo sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada*; que sin ello, suelen perderse.

El costo del certificado lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

bación de las Administraciones Taft y Wilson. Inmediatamente nuestros banqueros comenzaron a pagarse a sí mismos, de los impuestos aduaneros, capital e intereses.

Otro detalle interesante es «nuestra reforma» de la moneda nicaragüense. Nuestros banqueros giraron contra su «préstamo» de \$ 1.500,000 para comprar para sí mismos, en su carácter de financieros privados, el papel moneda que entonces corría en Nicaragua al tipo de cambio existente, entre 15 y 20 por uno. Al mismo tiempo, en su carácter de «Agentes Fiscales del Gobierno de Nicaragua», fijaron arbitrariamente un tipo de cambio de 12 ½ por uno, descargaron a ese precio y de este modo realizaron una utilidad de entre 25 y 75 por ciento sobre cada peso nicaragüense «reformado».

Durante el lapso de la reforma los banqueros prestaron al Gobierno otro medio millón por el término de 60 días para facilitar la reforma. Sobre esta pequeña operación se hicieron pagar \$ 60,000. Además de los intereses, alegando diferencia entre el cambio existente el día en que se habían hecho el préstamo a sí mismos y el día en que había sido «pagado».

Enseguida estos banqueros ejercieron su derecho opcional de comprar la mayoría de las acciones del Ferrocarril Nacional. A pesar de ser este ferrocarril una buena inversión y de haber Zelaya rehusado una oferta de \$ 4.000,000, los banqueros adquirieron control absoluto por \$ 1.000,000, de lo cual Nicaragua no ha recibido un solo céntimo todavía. El Sindicato se limita a hacer un pago simulado a uno de sus bancos en New York, anunciando a la vez al Gobierno de Nicaragua que el dinero quedaba a buena cuenta de sus «deudas».

Los periódicos nos han informado, de vez en cuando, que nuestra intervención y todas estas combinaciones financieras, incluyendo la «compra» de la ruta canalera, son parte integrante de todo un plan humanitario para AYUDAR A NICARAGUA A PARARSE. Si Mr. Wilson de veras hubiera querido «poner a Nicaragua sobre sus pies», adquiriendo al mismo tiempo la ruta del canal, hubiera exigido que se le pagara a Nicaragua en contante y sonante el valor de esa ruta, estipulando bien claramente que los banqueros de Wall Street recojan su dinero ensangrentado y sean arrojados a puntapiés del territorio nicaragüense. Muy al contrario, en octubre de 1916, permitió que estos banqueros acapararan el control sobre el cobro de impuestos, escriturando a nombre de ellos todas las entradas y finanzas del país.

Finalmente, los términos de la «compra» del canal y el arrendamiento de territorio para bases navales, apare-

cieron en gran conflicto con los derechos de las repúblicas vecinas. Sin embargo, la Convención fué ratificada y se hizo caso omiso de las protestas de Costa Rica, El Salvador y Honduras. Inmediatamente Costa Rica y El Salvador acusaron a Nicaragua ante la Corte Suprema de Justicia Centroamericana, que había sido constituida en 1907 a instancias del Gobierno de los Estados Unidos para evitar futuras guerras entre las repúblicas centroamericanas. El fallo fué contra Nicaragua y obligaba a esta república a repudiar la Convención. Mr. Wilson de ninguna manera permitió tal cosa. De este modo, nuestro propio gobierno fué el primero en burlar el fallo de una Corte de Paz Internacional que él mismo había ayudado a instalar y cuyas decisiones, indirectamente por lo menos, se había comprometido a respetar.

Todas estas circunstancias explican el secreto de la NECESIDAD de mantener ocupado permanentemente por nuestros marinos el territorio de una «república hermana». En la página 511 del volumen de la Comisión Secreta del Senado, aparece el siguiente diálogo:

Senador Smith, de Michigan:—¿Cree Ud. que el actual gobierno de Nicaragua podría sostenerse sin la ayuda o presencia de los marinos americanos?

Mr. Cole:—Creo que el actual gobierno duraría hasta que el último vagón de marinos saliera de la estación de Managua y creo además que el señor Díaz se encontraría en ese último vagón.

Esta cortísima declaración de Mr. Walter Bundy Cole, representante de

Verano

El sol de medio día como lluvia de fuego cae pesadamente en la llanura inmensa; no se mueve una hoja, todo tiene ese feo color amodorrante de la llanura seca.

Los árboles levantan peladas ramazones como brazos que imploran un poco de [mencia, y con angustia elevan a Dios estos clamores: «Señor, danos frescura para nuestras cor-tezas».

Hasta un cerro rocoso de líquenes cubierto, por una grieta que abre como boca sedienta, pide desesperado al impávido cielo agua para la entraña de la llanura seca.

Sólo los mansos bueyes, los buenos, los [pacientes, en un potrero comen y de nada se quejan; las hierbas calcinadas arrancan con sus [dientes y con su baba mojan para ablandar la tierra.

Yo voy por el camino contemplándolo todo, sufriendo una terrible sensación de tristeza; ¡Dios mío, compadécete de los campos sin [hojas, de las plantas sin flores, de la llanura seca!

VICTOR M. ELIZONDO

La Garita, 25 de marzo de 1922.

(Envío del autor).

nuestros banqueros en Nicaragua, da una idea clara de la aceptación que tiene entre el pueblo nicaragüense el régimen de nuestros banqueros. También, en parte, explica hasta qué punto los banqueros han absorbido las facultades del «gobierno» nicaragüense. Si el muñeco del palacio se resiste, fácilmente se le trae al redil con una simple amenaza de retirar la protección de las bayonetas extranjeras, dejándole abandonado a la ira y venganza de sus conciudadanos. Otra forma de disciplina muy usada por nuestros banqueros es la retención de los sueldos, hasta tanto sus deseos no hayan sido cumplidos. A veces el Presidente de la república SOBERANA de Nicaragua ha tenido que implorar humildemente de los financieros americanos su salario. Cuando la VENTA del ferrocarril se llevó a cabo, los miembros de la Asamblea Nacional, que han sido bien escogidos entre los más sumisos, se negaban al principio a aprobar, debido a la violencia de la opinión pública. Pero Mr. Bundy Cole usó un medicamento eficaz: retención de sus salarios hasta que la operación fuese ratificada.

Estos son los pequeños detalles que revelan el daño causado por el control de las Aduanas por nuestros banqueros. Una vez allí, su mano poderosa aprieta cada vez con más fuerza el cuello de Nicaragua. Ellos imponen sus propios términos en toda transacción. Ellos llevan los libros. Nicaragua no podrá nunca solventar su situación. Nicaragua permanecerá por siempre bajo la garra de nuestros banqueros. La intención de la «Convención del Canal», según lo manifiestan las cláusulas de los contratos, es simplemente ofrecer seguridades a nuestros banqueros. Estas seguridades se extienden en forma de hombres jóvenes con uniforme de marinos y cargando rifles que son pagados con los impuestos cobrados a los ciudadanos americanos. Nosotros protegemos no sólo a nuestros banqueros, sus bancos, ferrocarriles y aduanas, sino también su muñeco-presidente que está sentado en palacio. En dinero no más, esto nos cuesta más de lo que nuestros banqueros reciben; y eso que dinero es lo menos que pagamos.

La historia de Nicaragua es Panamericanismo como es el Panamericanismo. Es sencillamente la doctrina de Monroe, no como fué escrita, sino como se acostumbra aplicarla. Esto es, FOMENTAR EL COMERCIO AMERICANO. Esto es imperialismo americano, con la aprobación de ambos partidos. No difiere EN NADA del peor imperialismo inglés, francés, alemán, japonés o italiano.

(The Nation, New York. Trad. de «La Tribuna». San José de C. R.)

El nuevo Decálogo de la Ciencia

Carta abierta de un biólogo a un estadista

POR ALBERT EDWARD WIGGAM

I

Excelentísimo señor:

COMO sabéis, la biología es la ciencia de la vida. Ahora bien: vosotros reguláis la vida en esfera más vasta que cualquiera otra criatura humana. Todo aquello que decís, pensáis o hacéis con referencia a la vida es, por consiguiente, de importancia trascendental para el mundo entero. Sois, por decirlo así, los árbitros de los destinos de la raza. Lamento verme obligado a declarar, sin embargo, que existen cinco o seis mil volúmenes e innumerables estudios especiales sobre este aspecto de la vida, de los cuales no tenéis, evidentemente, el menor conocimiento; o si lo tenéis, ha ejercido influencia singularmente escasa sobre vuestra política y sobre vuestras acciones.

Conocéis los diez mandamientos que el Señor grabó en las pétreas tablas de la ley y dió a Moisés, uno de vuestros predecesores, como norma genuina del arte de gobernar, añadiendo más tarde dos suplementos conocidos como la regla de oro y el sermón de la montaña. Habéis fracasado lamentablemente en llevar a la práctica estos antiguos principios, y tal vez sorprenderá a vuestra excelencia el verificar que Dios continúa aún revelando nuevos y revolucionarios aspectos de estos principios vitales y políticos. En vez de hacer uso de tablas de piedra, profecías, visiones y sueños, el Señor brinda hoy al hombre el microscopio, el telescopio, el espectroscopio y el tubo de ensayos químicos para que se halle en situación de descubrir por sí mismo los misterios de la vida. Estos modernos instrumentos no sólo han añadido una lista enorme de nuevos preceptos, sino que ilustran la técnica a favor de la cual hayan de llevarse a efecto los antiguos. El hombre nunca ha sido verdaderamente justo, porque no había descubierto en qué residía la verdadera justicia. No podía conformarse a la voluntad divina, porque no sabía la forma de interpretar esta voluntad. Pero al cabo la ciencia ha revelado al hombre la técnica real de la justicia. Y este nuevo manual es de procedencia tan divina como el antiguo. Está lleno de augurios ominosos en el presente y el porvenir para el biólogo impío, a la vez que de halagüeñas promesas para aquel que se

adapta a la voluntad biológica del Señor. Estos augurios deberían, en primer lugar, haceros estremecer; luego, impulsaros a orar; y por último, penetrar vuestro espíritu de la fe militante de un nuevo evangelio.

II

LA primera advertencia que la biología hace al estadista es que la humanidad retrocede: que las razas civilizadas del mundo se hundan biológicamente; que *la civilización conforme la entendéis es fatal para la raza humana*; que la civilización destruye siempre a quien la instituye; que vuestros magnos esfuerzos por mejorar la condición del hombre, en vez de contribuir a su perfeccionamiento, no hacen sino apresurar la hora de su ruina; que el cerebro del hombre no progresa; que el hombre no adelanta como generador espontáneo de seres orgánicos; que las enfermedades producidas por microbios disminuyen con toda probabilidad, pero al mismo tiempo disminuye visiblemente la capacidad del hombre para resistirlas; que aumentan las dolencias fisiológicas y funcionales, como las «enfermedades del corazón», la enfermedad de Bright, la diabetes, el cáncer, las afecciones producidas por degeneración de las arterias, el hígado y los órganos centrales, las enfermeda-

des «sociales» y de «hábito»; que se acrecienta el número de seres endebles, incultos, indigentes, holgazanes e idiotas, en tanto que disminuye la proporción de hombres superiores en las diversas clases sociales.

Temeroso de que imaginéis que pretendo solamente alarmaros, me permito instar a vuestra excelencia a echar una ojeada al diagrama biológico nacional. Las pruebas mentales a que se ha sometido al ejército demuestran que hay aproximadamente en la nación cuarenta y cinco millones de individuos que carecen de mentalidad adecuada. Su potencia intelectual nunca llegará a ser mayor que la que posee un niño de doce años. La mayor parte de estos individuos apenas sí alcanzará siquiera esta escasa proporción de inteligencia. Además de los cuarenta y cinco millones de ciudadanos que carecen de mentalidad, pero que constituyen una mayoría votante, hay otros veinticinco millones que tienen algo de inteligencia. Su capacidad de desarrollo mental y espiritual se equipara con la de los niños de trece y catorce años, y toda vuestra educación no puede añadir un ápice a su mentalidad. En seguida hay veinticinco millones de individuos que poseen claro criterio. No tienen gran proporción de inteligencia, pero la que tienen es de buena calidad. Y por último, hay algo más de cuatro millones de ciudadanos que tienen muchísimo entendimiento: poseen aquello que llamamos «talento». Nunca habéis pensado en aprovechar la inteligencia de estos cuatro millones en la empresa del gobierno de la raza humana; pero la inteligencia está allí. Vuestro deber primordial es poner a la obra a estos cuatro millones de individuos, haciéndolos cooperar con vosotros en el gobierno de la nación, en vez de querer hacerlo todo vosotros mismos.

Ahora bien: el peligro no está en los noventa y más millones que carecen de talento, sino en los cuatro que lo poseen. Ninguna nación ha sido jamás derrocada por imbéciles. La naturaleza odia el vacío, y por esto rechaza el cerebro de los ineptos.

Vosotros desafiáis a la naturaleza con vuestra civilización. La evolución es un proceso sangriento que la civilización trata de convertir en agua de rosas. La barbarie es el único método a favor del cual el ser humano ha progresado orgánicamente, así como la civilización es el único método que ha causado su declinación orgánica. La civilización es la empresa más peligrosa en que el hombre se haya embarcado. Al arrancar al hombre de las manos brutales y sangrientas, pero benéficas, de la selección natural, lo colocáis en las manos perfumadas,

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	€ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	3-50 >>
La página de avisos, por inserción.....	20-00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

suaves y delicadamente enguantadas, pero más peligrosas, con mucho, de la selección artificial. A menos de que invoquéis a la ciencia en vuestro auxilio y hagáis esta selección artificial que llamamos civilización tan eficiente como los rudos métodos de la naturaleza, estropearéis esta obra colosal. Esto es lo que estáis haciendo en grande en la América industrial.

Los cuatro millones de hombres de talento disminuyen, en tanto que se aumentan los noventa millones de ineptos. La diferencia proporcional de natalidad es, vuestra excelencia, uno de los verdaderos problemas políticos. Las naciones han perecido a causa de las diferencias de natalidad en la raza humana. La diferencia proporcional de natalidad de un décimo de criatura por familia, en una región respecto de otra, alteraría prontamente el destino entero de los pueblos. Y aquí se ha manifestado una diferencia proporcional de natalidad que asciende a criatura y media por familia entre vuestros cuatro y vuestros noventa millones de individuos.

Por otra parte, en el gobierno de vuestros millones os habéis contentado con dos grandes nebulosidades sentimentales: primera, que todos los hombres son iguales por el nacimiento; y segunda, que Dios ha de proveer caudillos para el pueblo. Pues bien: todos los hombres nacen desiguales; y los caudillos no se hacen por medio de oraciones, sino a favor de células germinales. «Lo más injustificable en el mundo es tratar igualmente a naturalezas desiguales». La dificultad no es que los hombres sean desiguales, sino que no son suficientemente desiguales. Mientras más pretendéis igualar las oportunidades, más se marcan las desigualdades de los hombres. Habéis fracasado más allá de todo cálculo en igualar las *oportunidades*. Habéis tratado insensatamente de igualar a los *hombres*. Y esta impía doctrina igualitaria ha puesto en acción fuerzas económicas, sociales, políticas, educativas y aun religiosas, que eliminan de la corriente de sangre nacional las valiosas células germinales de vuestros cuatro millones de hombres superiores, y una vez que los cuatro millones se hayan disipado, no quedará otra cosa que la austera pero eficaz disciplina de la barbarie, hasta que la naturaleza sea capaz de producirlos de nuevo. En este remoto día, vuestras instituciones, vuestros ideales, vuestros restos mismos, constituirán tan sólo materia de investigación y placer para la mente del arqueólogo.

III

LA *segunda* advertencia de la biología es breve y concreta: que la heren-

cia, y no el medio ambiente, es lo que hace a los hombres; que es el hombre quien hace al medio, y no el medio al hombre; que casi todas las miserias y casi toda la felicidad del mundo se deben, no al medio ambiente, sino a la herencia; que las diferencias entre los hombres provienen de las diferencias entre las células germinales que les dieron vida; que las clases sociales, que vosotros tratáis de abolir, están ordenadas por la naturaleza; que no son los barrios bajos los que hacen a la gente del arroyo, sino la gente del arroyo la que hace los barrios bajos; que, principalmente, no es la iglesia la que hace a la buena gente, sino la

EN SERIO Y EN BROMA

In promptu

Para MOISÉS VINCENZI, Comentando el final de su artículo «Recogimiento».

«Con alas de mariposa
y encajes de espuma»
tejeré mis versos,
porque la Filosofía
sólo llenó de tristezas
el alma mía.

Porque la Filosofía
del «sólo sé que nada sé»
y del Ecclesiastés,
por más que he querido
ya nunca he podido
jamás olvidar.

«Con alas de mariposa
y encajes de espuma»
tejeré mis versos,
porque en toda armonía
hay tanta filosofía
como en Nietzsche o en Kant!

J. J. SALAS PÉREZ

(Envío del autor. San Ramón).

buena gente la que hace a la iglesia; que las personas buenas nacen y no se hacen; que si queréis miembros de la iglesia, necesitáis dar a la naturaleza ocasión de producirlos; que si queréis artistas, poetas, filósofos, diestros artesanos, la naturaleza debe tener una oportunidad de hacerlos florecer.

Vosotros no admitís esta doctrina. Creéis que de la oreja de un cerdo se puede fabricar una bolsa de seda; que es posible arrancar sangre a los nabos, descubrir un Lincoln en cualquiera cabaña con tal de registrarla con ardor suficiente, y convertir en genios a los imbéciles. Imagináis que la razón de que un hombre que comienza por el último peldaño suba hasta el extremo superior de una escalera, en tanto que otro que comenzara arriba resbale hasta el extremo inferior, se debe simplemente a que la escalera estuvo invertida. La ciencia sabe que esto se debe a la diferencia innata entre el hombre que tiende a elevarse y el que

no posee aptitudes para retener su puesto. La solución que sugiere vuestro medio ambiente es retirar de ambos la escalera para que queden a igual nivel. Como resultado, priváis a cada uno de ellos del instrumento de transporte para llegar a su destino natural. Un gobierno establecido de acuerdo con las desigualdades científicas, «levantaría al caído» y «salvaría al que está a punto de perecer», mediante una clemencia nueva e infalible en razón de ser ilustrada.

IV

LA *tercera* advertencia que nos hace la biología es que vuestros nobles cuanto inadecuados sistemas para *mejorar las condiciones de la vida* han fracasado y fracasarán en el sentido del perfeccionamiento de la raza, y están, por el contrario, apresurando su degeneración.

Imagináis erradamente que es posible precipitar una evolución al agua de rosas para el inepto; mas la naturaleza ha progresado dejando que el diablo se las entienda con los rezagados. Vuestro método es aumentar el número de los rezagados. La naturaleza destruye a los inocuos, pero vosotros arrojáis simplemente más inocuos a sus ávidas fauces. Vuestra misma clemencia no hace sino acrecentar la brutalidad de la naturaleza. Creéis que el agua de rosas adelantaría el milenario; pero el cielo de los ineptos sería el infierno biológico para los idóneos.

Se dice que Daniel Wéberster, cuando se le presentaba una cuenta, firmaba un pagaré, lanzando esta deleitosa exclamación: «¡Bien; a Dios gracias, hemos pagado esta cuenta!» Vosotros estáis tratando de pagar vuestras cuentas atrasadas a la evolución por medio de pagarés. Creéis que así «se pone en vigencia la regla de oro.» Esta es una lisonjera noción; pero si se aplicara la regla de oro en la forma equivocada que la concebís, provocaría la destrucción de la raza que ensayara tales métodos. Puedo predecir desde ahora que el resultado sería llenar las cárceles, penitenciarias, casas de corrección, «casas de refugio» y asilos: mudos monumentos, todos y cada uno, de vuestros tardíos esfuerzos para contener la marea creciente de degeneración que *vuestra* regla de oro hubiera provocado; receptores naturales de los productos de vuestra indiscreta ingerencia en la evolución. Creéis que los débiles y apocados deben heredar la tierra, y os habéis arreglado de manera que así sea. Absorben desde ahora casi la mitad del tiempo, energías y dinero de vuestra civilización. No observáis que los débiles y apocados a quienes hoy protegéis son en su

mayor parte los nietos de aquellos débiles y apocados a quienes protegieron vuestros abuelos; sólo que son mucho más numerosos, en tanto que la proporción de vosotros disminuye. La brutal naturaleza los destruye por millares, pero vuestra caridad llegará al cabo a destruirlos por centenas de millares. Y a menos de que os penetréis, como se han penetrado algunos reformadores sociales, de una nueva conciencia biológica, os encontraréis arrasados por el torbellino de vuestra bien intencionada, pero socialmente desastrosa locura.

V

LA cuarta advertencia de la biología es que la medicina, la higiene, la salubridad y todos vuestros esfuerzos para producir idoneidad física y mental donde sólo se encuentra el vacío, en vez de incrementar por medio de la selección la inagotable salud, energía y cordura que fermentan en los elementos que componen el protoplasma humano, están debilitando y debilitarán cada vez más la raza humana.

¿Quién aprovecha de vuestra higiene? ¿Quién absorbe vuestras medicinas? ¿Los fuertes o los débiles? Vuestros sabios encaminan sus investigaciones en el sentido de hallar cura para la tuberculosis, la insania, la debilidad del corazón, el endurecimiento de las arterias, mal funcionamiento del hígado, atrofia de los riñones; alguna panacea que oculte en vez de reforzar el punto débil de la armadura humana. ¡Dios bendiga sus esfuerzos! Pero, si os limitáis a la aplicación de esta panacea y *no hacéis algo más*, destruiréis la misma raza que habréis salvado. La raza que salve su vida necesita perder vida; quiero decir, necesita eliminar a sus miembros incapaces en vez de prepararlos para la reproducción. Si una raza descende lo necesario, se encontrará en la cúspide; es decir, sus sobrevivientes serán los biológicamente idóneos. El vicio y las enfermedades depuran la raza porque matan al débil y al vicioso. Dejan que el fuerte, el robusto, el virtuoso transmitan la antorcha de la herencia a sus descendientes por nacer. Vuestra intención es buena, pero la naturaleza trastornará al cabo los resultados.

VI

LA quinta advertencia de la biología es que la moral, la educación, el arte y la religión no adelantarán en forma directa la *innata* rectitud, adaptabilidad o capacidad artística y religiosa de la raza humana. Esto parece una afirmación sombría. Sin embargo, habéis gastado muchísimos millones en

mejorar vuestras plantas y animales por el único método que es capaz de perfeccionarlos: la selección.

Empero, mientras más «perfeccionáis» el medio para vuestras plantas, animales u hombres sin recurrir a la selección, más rápidamente se presenta el deterioro. Habéis arriesgado los destinos del ser humano, arrastrados por la insensata noción de que «el medio en que vive el abuelo constituye la herencia del nieto;» que si se quiere producir un genio, es preciso comenzar por educar al abuelo; que los pecados de los padres recaen sobre los hijos; y que si los padres se alimentaron de uvas agrias, ello servirá para aguar los dientes de los hijos.

Ahora bien: esto es inexacto en el sentido en que vosotros lo tomáis.

Ya circula un nuevo

CONVIVIO

Con dos novelitas de Alberto Masferrer, tituladas *Una vida en el Cine* y *El buitre que se tornó calandria*.

La primera es muy conveniente para las niñas.

La segunda revela una visión artística muy adelantada en el autor.

Es admirable lo que realiza Masferrer en ambas novelitas, no obstante la sencillez de los asuntos.

El estilo en ambas está muy bien.

Precio del tomito: ₡ 1.50.

Para el exterior: \$ 0.40 oro am.

Hace mucho tiempo que la biología ha consignado tales conceptos al dominio de los mitos y la fantasía. Os extrañará, sin duda, mi declaración de que en ciertas raras condiciones experimentales se han provocado al parecer modificaciones germinales permanentes; mas en general, los padres pueden comer uvas agrias durante mil años sin que ello afecte en lo menor el aparato dental de sus hijos. Aunque los profetas hebreos se referían únicamente a la ley del crimen y no a las leyes de la herencia, los pecados de los padres no recaen en proporción apreciable sobre los hijos, a menos que los padres cometan el imperdonable pecado biológico de cohabitar con pecadores. Pero el cultivar vuestra inteligencia o vuestra moralidad jamás influirá de manera directa en que vuestros hijos nazcan más inteligentes o más virtuosos. Si vuestro padre enloqueció a consecuencia de un ladrillazo en la cabeza, no heredaréis su

locura, pero sí su incapacidad para evadir ladrillazos. La estupidez engendra estupidez y el talento engendra talento; pero un millar de años de educar o perfeccionar a los padres no hará nunca que los hijos sean «mejores». En una palabra: «No se heredan las piernas de palo, pero sí las cabezas de palo».

Ahora bien: vuestra excelencia debe haber llegado ya a la conclusión de que habéis hecho una terrible mezcla con las cosas. Tal es la reacción espiritual que deseaba provocar. En opinión del biólogo la única esperanza de escapar de esta confusión es que, con nueva visión espiritual de la política, rindáis obediencia a los seis dominantes preceptos del nuevo decálogo de la ciencia, brotado del moderno Sinaí: el laboratorio.

VII

EL primer mandamiento que la biología prescribe al estadista es *el de atender a la eugenesia*. La eugenesia es el método ordenado por Dios para asegurar mejores padres a nuestros niños, con el objeto de que nazcan con mejores cualidades mentales, morales y físicas para afrontar la lucha de la vida. La eugenesia no significa otra cosa sino hacer que la evolución se produzca de manera consciente e inteligente. No es un plan, ni siquiera un programa. Es imposible decretar la eugenesia del mismo modo que es imposible decretar los cambios del tiempo. La eugenesia significa una nueva religión, un nuevo código moral, un nuevo evangelio social y político, un cambio en los fines de la civilización y en las características fundamentales del hombre. Significa el perfeccionamiento del hombre como ser orgánico. Significa que el mejoramiento de las *capacidades innatas* del hombre para la felicidad, la salud, el sano criterio y el éxito debe constituir el propósito vital del estado.

Esto es la eugenesia, y nada menos que esto. Es simplemente la proyección de la regla de oro en la corriente del protoplasma. Los hombres del futuro nacerán de esta corriente, y sus cualidades dependen absolutamente de nosotros. Vosotros, estadistas, sólo habéis descubierto la mitad del significado del cristianismo. Lo habéis aplicado únicamente a los vivientes de la época, sin pensar en nuestros semejantes que están por nacer. Los que no han nacido pueden procurarse el alimento. Nosotros podemos dotarles de sus características naturales. Jesús quería que aquellos que están por nacer pudieran también gozar abundantemente de la vida. Y el biólogo ha descubierto que la abundancia o miseria de su vida se hallan absolutamente

en nuestras manos. No el medio ambiente, sino únicamente la herencia les asegurará vida abundante. Podemos hacer algo por su ambiente, pero podemos determinar por completo su herencia. Y esta herencia, el biólogo lo sabe, determinará en cuatro quintas partes su felicidad.

Si Jesús estuviera entre nosotros, habría sido presidente del primer congreso eugénico. Interpretando el significado espiritual del microscopio de Weissmann, los experimentos de Darwin y los guisantes de Grégor Mándel, habría exclamado: «Os doy un nuevo precepto: la regla de oro biológica, la regla de oro completada. Haced por el nacido y por el que está por nacer lo que quisierais que el nacido y el que está por nacer hicieran por vosotros.» Tal es el concepto biológico de la fraternidad humana. Tal es la verdadera regla de oro. Esta, y solamente ésta, es la reconciliación final de la ciencia y de *La Biblia*. La ciencia no ha venido a destruir el evangelio, sino a completarlo. La ciencia enseña el medio de cumplirlo. La eugenesia, que no es otra cosa sino la evolución orgánica consciente e inteligente, desarrolla el programa final para que la humanidad alcance el ideal completo del cristianismo.

VIII

EL *segundo* mandamiento de la biología es *el de llevar a cabo investigaciones científicas*.

La ciencia ha hecho posible la moralidad. Habéis leído el precepto: «Buscad al Dios, por si en alguna manera palpando le hallareis.» Cuando algún genio desconocido de la antigüedad mezcló nueve partes de cobre con una de estaño e hizo el bronce, no solamente elevó a la humanidad desde la edad de piedra hasta la de metal, sino que inició una nueva era de moral, porque comenzó *experimentalmente* a buscar a Dios.

En los electrones del átomo y en las células germinales del protoplasma viviente el hombre ha encontrado por fin a Dios trabajando en su propio taller. El mecánico, examinando este taller, ha declarado: «Todo es pura mecánica.» El pensador espiritual ha dicho: «Aquí palpita el aliento de Dios.» El uno contemplaba un universo en acción; el otro, un universo significativo. El uno descubrió los instrumentos; el otro descubrió al artífice. Pero ambos están de acuerdo en que el descubrimiento de las innumerables leyes naturales es el único medio de cooperar con su funcionamiento. Y la cooperación con las leyes naturales, la voluntad de Dios, es lo único razonable. Solamente así puede el hombre convertirse en colaborador práctico de

Dios. Y que la humanidad se convierta en práctica colaboradora de Dios, en forma nacional y universal, es lo único absolutamente que pueda llamarse progreso.

IX

EL *tercer* mandamiento de la biología es *el de difundir la ciencia*.

Si solamente el sabio pudiera cooperar con Dios, la moralidad pública sería imposible. La ciencia, confinada en el cerebro del sabio o en su ininteligible lenguaje, no puede nutrir la mente del hombre ordinario, como tampoco puede conmoverle con su belleza el cuadro que vive en la imaginación del artista, hasta que haya sido trasladado al lienzo. El escritor, el orador y el dramaturgo, a quienes es dado comprender el idioma del sabio y pueden además dirigirse al pueblo, deben penetrar al templo de la sabiduría, aunque no necesitan ocultarse tras del velo. Deben salir a las gradas del templo y revelar sus misterios a la multitud. Vuestro deber como estadistas, en la esfera social, industrial, religiosa, educativa y política, es *organizar* estos inaccesibles preceptos, convirtiéndolos en costumbres sociales, estatutos legales, métodos educativos, culto religioso y compulsorias formas de arte. Si monopolizáis la ciencia y no la compartís con toda la humanidad, el espíritu mismo de la civilización quedará destruido, en tanto que si aportáis estos conocimientos al hombre ordinario, le dotaréis de nuevos y desconocidos elementos de personalidad, eficiencia política y utilidad social. La organización social de la ciencia es simplemente la administración científica del amor divino.

X

EL *cuarto* mandamiento de la biología es *el de procurar educación profesional*.

La civilización ha fracasado siempre porque jamás se ha preocupado de preparar a todos y cada uno de los hombres de acuerdo con las nuevas formas de evolución. La evolución, vuestra excelencia, es la resultante de cuatro grandes fuerzas: variación, adaptación, selección y herencia. En primer lugar, todo individuo «*varía*» con respecto a sus antepasados. En segundo lugar, si esta variación no se «*adapta*» al medio, la naturaleza su-

prime al individuo. En tercer lugar, si la variación está en armonía con el medio, la naturaleza «*selecciona*» a los sobrevivientes. Y en cuarto lugar, el individuo procrea, y trasmite a sus descendientes por medio de la «*herencia*» las cualidades que le valieron la supervivencia.

Tales son los métodos de la naturaleza. Son crueles, horribles, destructivos. Muchas hermosas variaciones se pierden en la magna lucha. La verdadera civilización debe perfeccionar los métodos de la naturaleza, preservando *todas* las variaciones bellas y valiosas. Debe adaptar el medio a sus necesidades a la vez que adapta dichas variaciones al medio. La verdadera civilización no es otra cosa que la selección y preservación de todo lo bello y ennoblecedor que surge en la corriente protoplasmática. Por tal razón la educación profesional debe descubrir todas las entidades de valor en el ser humano, preparando al individuo que las posea para el medio más amplio y más complejo que los descendientes de orden científico social de tal naturaleza, destinado a aumentar continuamente el desarrollo de su inteligencia, habrán de establecer indudablemente en virtud de la excelencia de sus características innatas.

XI

EL *quinto* mandamiento de la biología es *el de fomentar el internacionalismo*.

Aun la civilización más científica, si sólo es nacional, habrá de verse pronto destruida por la guerra. No la provocará, pero necesita defenderse. Ninguna nación puede, en consecuencia, esperar que mantendrá el nivel de su civilización sin que toda la raza humana se haya civilizado. La guerra apenas tiene más valor selectivo en supervivencia que un terremoto. Y del mismo modo que terremotos y volcanes van pasando de moda, la guerra debe ser también eliminada. Los gritos de combate nacionalistas no solamente están fuera de lugar en un orden de cosas universal, sino que son asimismo inadecuados en un permanente orden de cosas nacional.

Por otra parte, los magnos problemas de la mezcla, cruzamientos y amalgamaciones de razas abrumarán mañana tanto al genio de la ciencia como al de la administración política. La biología ha desvanecido el mito de la asimilación nacional a la par que el mito de la guerra. Cada raza y cada nación necesita todavía crear su propia cultura, su propia psicología nacional o étnica, su propia y peculiar disciplina intelectual. Mas si una cultura destruye a la otra, o si la elevada disciplina intelectual desaparece

Errata

En el número pasado del REPERTORIO, en la pág. 269, columna segunda, línea 43, Salomón de la Selva habla del «adorable *Valdivielso*» y no *Valdivieso*, como allí dice.

a causa de uniones híbridas entre pueblos extraños o inarmónicos, perecerá toda civilización en el holocausto biológico. En consecuencia, es indispensable que vuestros mezquinos orgullos, ambiciones y lemas nacionales se evaporen al calor del eminente proceso del desenvolvimiento general del hombre.

XII

FINALMENTE, el sexto mandamiento de la biología es *el de fomentar el arte*.

El arte es el heraldo en la marcha de la evolución. La biología ha concedido súbitamente al arte una importancia nueva e incalculable. Bajo su influencia cambiarán probablemente aun el rostro mismo y la figura humana, porque la belleza establece ideales selectivos para la unión del hombre y la mujer. Y la selección en la unión de los sexos es la razón suprema de la exaltación o degeneración étnicas. El arte determina los ideales de belleza; y la belleza masculina y femenina es la revelación exterior del valor de las cualidades de supervivencia, de las potenciabilidades procreadoras. La belleza es así la flameante bandera de la naturaleza en su evolución.

Si el culto de la belleza física puede, orientando la selección en tal sentido, perfeccionar el rostro del ser humano, el culto de la belleza moral puede asimismo perfeccionar la mente y el carácter del hombre. El arte representa, por lo tanto, en sus innumerables manifestaciones, la contribución más elevada del hombre al proceso de la evolución. Debe constituir, en consecuencia, el propósito y objeto principal de vuestros métodos

de educación, puesto que las nobles emociones que origina influirán en gran manera para producir una raza humana mejor, más inteligente, más feliz y mucho más hermosa.

He presentado así ante vuestra excelencia las austeras amonestaciones y elevados preceptos que considero un deber y un privilegio del biólogo el hacer constar. Espero que les prestaréis debida atención. Vuestras innumerables caridades, vuestros ambiciosos planes de educación, vuestro clamor incesante por "democracia más pura", lo demuestran satisfactoriamente. Pero en vuestro estrecho nacionalismo habéis olvidado a vuestros semejantes de las antípodas y a vuestros hermanos

biológicos que aun están por nacer. Os habéis preocupado solamente de dejar a los miembros de vuestra tribu una herencia material y de cultura, en vez de legar a la humanidad entera la herencia biológica de un cuerpo vigoroso y un alma elevada. Mas si vuestra cultura y vuestras sociedades han de perdurar, es necesario que el cristianismo completado de la ciencia sea el espíritu predominante en vuestro estado, y que vuestros beneficios y vuestra administración políticas posean la magnitud del océano y la eternidad del protoplasma.

Respetuosamente,

EL BIÓLOGO.

(Inter-América, Nueva York.)

Un drama interesante

UN EPISODIO

EN septiembre de 1915, hace por tanto seis años y medio, hallándome en Guernica, llegó allá el Rey. Al encontrarnos en el recinto de la casa de las Juntas, al lado del roble histórico de la libertades vizcaínas, saliése del sendero que llevaba para acercarse a saludarme. Y después de recordar que no nos veíamos en largo tiempo, y mi destitución del Rectorado, me dijo: «Venga usted a verme y hablaremos.»

En noviembre de aquel mismo año de 1915 tuve que ir a Madrid, y solicité la audiencia a que se me había invitado. No obtuve respuesta, y después se me ha dicho que aquella solicitud no llegó a su destino. Desconozco los procedimientos palaciegos. Vino después la campaña contra la germanofilia española, y todo lo que con este sentido eminentemente reaccionario se rozaba. Fué adentrándome en la política y vengo sosteniendo la tesis de la incompatibilidad entre esta dinastía y un régimen netamente liberal; pero siempre he puesto por delante que mi actitud frente a la realeza no obedecía sustancialmente a motivos de un pleito puramente personal. He llegado a hacerme el pregonero de agravios públicos, el vocero de injusticias públicas. Fué procesado por tres artículos publicados en estas mismas columnas y en que se supuso había injurias para el rey D. Alfonso. Y yo he sostenido y sostengo que en aquellos artículos no había supuestas injurias. Fué condenado por dos de los tres, y entendiéndome que las condenas no eran justas, me alcé, suponiendo, demasiado podría suponer, que en el Tribunal de Valencia que me condenó hubo error, aun que es más creíble que hubiera debilidad de juicio; pero en el Tribunal que confirmó una de aquellas dos senten-

cias, no es error lo que cabe suponer, porque es el Tribunal que dió los informes de las actas de Torroella de Montgri y de Tortosa, y así se lo he dicho al Rey, indicándole muy claro cuál fué la flaqueza del Tribunal Supremo.

Mi discurso del Ateneo de Madrid para pedir el levantamiento de la suspensión de las garantías produjo, y es natural que produjera, su efecto en Palacio. Pocos días después un amigo oficioso me decía que el presidente del Consejo de ministros deseaba ponerse al habla conmigo. Vine a Madrid, ví al señor Sánchez Guerra, me indicó el peligro que podría correr el Ateneo, y, por último, que en Palacio era como si hubiese remanecido aquella decisión de día y hora en que acudir a una invitación verbal que se me había

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por el

Dr. JOSE INGENIEROS

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 pesos moneda argentina.
Exterior, id: 5 \$ oro.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VACCARO

Avenida de Mayo 638

BUENOS AIRES

La Revue de l'Amérique Latine

Ancien BULLETIN DE L'AMÉRIQUE LATINE fondé en 1910 sous le patronage du Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine;

Paraît le 1er de chaque mois;

Publie des études d'écrivains, de savants et d'hommes politiques français, hispano-américains et brésiliens, sur l'Amérique latine et ses relations avec la France;

Donne des traductions de romans, contes, nouvelles, poèmes et essais d'écrivains de l'Amérique latine;

Ses chroniques nombreuses et variées résumant la vie intellectuelle, artistique, économique et sociale de tout le continent latin d'Amérique.

Directeur: ERNEST MARTINENCHE

Redacteurs en chef: CHARLES LESCA
VENTURA GARCIA CALDERON

Abonnements } France: un an: 30 fr. 6 mois: 10 f
} Etranger: .. 42 22 ..

Prépare d'adresser les chèques et mandats poste à l'Administrateur de la «Revue de l'Amérique Latine», 84, Boulevard de Courcelles, Paris (17e).

hecho. Contesté que yo acudía siempre a donde se me llamaba.

Pareció al señor Sánchez Guerra más adecuado que me acompañase el conde de Romanones, como presidente del Ateneo y, además, antiguo amigo. Y ayer tarde, hace horas, estuve con el Rey, a quien no había vuelto a ver desde que, ha seis años y medio nos encontramos en Guernica, y me invitó a una entrevista. La conversación se prolongó un buen rato. Apenas si tocamos mi pleito individual, que estaba ya, por lo demás, zanjado desde que el voto de mis compañeros de Claustro volvió a ponerme al frente de la Universidad de Salamanca; sí, asuntos referentes a esta Universidad y a sus intereses, por los que debo velar, y, sobre todo, asuntos públicos.

Le dije, en sustancia, al jefe del Estado español, al Rey, lo mismo que vengo diciendo en estos años en mis artículos y discursos, aunque, es claro, sin formas de expresión que, empleadas cara a cara, pueden resultar más que improcedentes. Le hablé de aquel famoso discurso suyo de Córdoba de hace cosa de un año, del que no tenía más versión que la dada entonces por la Prensa, y le hablé de la que he venido llamando zarabanda roja de Llodio, aquella que precedió al decreto de que salieron las desdichadas Cortes actuales.

Le hablé también de la formación de la Liga Española de los Derechos del Hombre, de la que me han hecho presidente, en la que figuran sindicalistas, socialistas, republicanos históricos, reformistas y liberales dinásticos de todos los matices. Liga que es una verdadera conjunción liberal fuera de partidos.

¿Qué me dijo el Rey? Lo esencial de lo que me dijo y las consecuencias que he sacado de ello, debo dejarlo para cuando la Liga celebre un acto para pedir la reforma constitucional, la reforma de esta Constitución híbrida y antigua de 1876, esta Constitución del «Por la gracia de Dios constitucional de España.» Esta Constitución que fraguó Cánovas del Castillo. ¿Será posible en España lo que el conde de Romanones ha llamado Monarquía íntegramente democrática a diferencia de la constitucional? He aquí algo que sólo el tiempo puede aclararnos. Últimamente, se han producido actos de verdadero gobierno, y uno de ellos es el de haber hecho abortar la Gran Campaña Social, acto debido, sobre todo, al Rey, según oímos a él mismo, que parecen acusar un cambio de conducta en el proceder público y una contrición por errores pasados. Hay quienes, regocijados, anuncian el alba de un régimen perfectamente liberal. Así sea. Mas entre tanto lo que a los liberales, a los verdaderos liberales nos

cumple es velar porque el tránsito se haga lo mejor posible.

MIGUEL DE UNAMUNO

(El Mercantil Valenciano, Valencia, España).

APOLOGIA DE UNAMUNO

SEVERAMENTE ha sido censurado don Miguel de Unamuno por haber escalado esa vieja y ridícula metáfora que se llama las gradas del trono. Acusaciones de apostasía y claudicación han caído sobre su blanca cabeza, que estos días hemos visto por primera vez doblarse ligeramente a tierra, abatida acaso por un viento de violencia más que de justicia, abrumada quizás por el ímpetu de uno de esos huracanes de pasión colectiva en que no hay el menor gobierno crítico. La desproporción entre las censuras y lo censurado me mueven a trazar esta breve apología.

Quede declarado ante todo que, a mi parecer, obró erróneamente don Miguel de Unamuno yendo a Palacio. Conviene sentar esta afirmación previa para que no se vea en mi apología una actitud subjetiva de acuerdo con su acto. Precisamente la torpeza de la mayoría de los juicios que se han hecho en torno a su visita al monarca procede de su subjetividad, de opinar cada uno como si Unamuno hubiera estado obligado a conducirse no como él es, sino como si fuera distinto, como si estuviera en lugar de los que le juzgan. Este método crítico, que en rigor no es crítico, es el método subjetivo, que consiste en juzgar las obras ajenas, las de la conducta como las de creación espiritual, según nuestros gustos o normas personales, según nuestro particular capricho, no en la intención, en el proceso causal y en los fines de quien las ejecuta. El método objetivo, en cambio, consiste en salirnos por un momento de nosotros mismos y trasladarnos al lugar de aquel cuyos actos o creaciones estamos juzgando. Sin este esfuerzo de objetivación, la historia y la cultura empezarán siempre en nosotros y no podrán tener continuidad, porque nada ajeno a nosotros podríamos comprender, ni sería posible, por lo tanto, enriquecernos con la experiencia ajena.

Cuando yo digo que, en mi entender, Unamuno no debió ir a Palacio, estoy empleando el método subjetivo, o sea, estoy intentando poner a Unamuno en mi lugar, que no es el suyo.

EL ANUNCIO

es el único medio suficientemente poderoso para cambiar la ruina en éxito. ANUNCIESE EN ESTA REVISTA.

Yo soy, subjetivamente, republicano hasta la médula, por razón, por sentimiento y hasta por selvático instinto. Mi razón no comprende cómo hay aun reyes en la tierra, después de tanto cacareado progreso político, aunque la desaparición de varias testas coronadas y de las coronas mismas en Alemania, Austria-Hungría y Rusia, por obra de la última y grande guerra europea de los cuatro años, fortifica mi esperanza de que pronto pasen a los museos históricos las monarquías que aún quedan en el mundo. A mi sentimiento de demócrata, de hombre cuya dignidad no puede admitir más magistraturas ni representaciones que las de elección espontánea y libre, le es profundamente ofensiva la existencia de personas e instituciones que ejercen autoridad o gozan de jerarquías por ley de herencia histórica, no por ninguna intrínseca virtud ni por confirmación de las generaciones contemporáneas. Mi instinto además tiene una raíz anárquica que puede expresarse en este viejo apotegma: ni mandar ni ser mandado, sin más disciplina que la de la propia conciencia.

Con esta subjetiva concepción del régimen monárquico, se explica que haya de parecerme mal que nadie tenga relaciones con reyes y gentes de su clase, como me parecería mal que nadie tratase con inquisidores, con traficantes de esclavos y con otras variedades humanas que se han ido extinguiendo en el curso de la historia, como se extinguirán la realeza y la aristocracia hereditaria. Pero conviene repetirlo otra vez aun: este criterio es mío nada más y no tengo derecho a querer imponérselo a nadie, como no admitiría el derecho de nadie a imponerme a mí el suyo, como no fuera por los medios usuales de la persuasión por razonamiento. Justamente D. Miguel de Unamuno, dos días antes de su visita a Palacio y hablándome de ella sólo en hipótesis, me preguntó si en caso de llevarse a cabo, me parecería mal. Lo subjetivo hubiera sido decirle entonces que, en efecto, me parecería mal; pero juzgándome desasistido para ello de razón, le di la respuesta que estimé más objetiva, la que procedía darle poniéndose en su lugar; que todo dependía del grado de dignidad con que hiciera la vista. Y esto nos lo ha de decir el futuro.

Pongámonos, pues, en lugar de Unamuno; rindámosle esta justicia. Unamuno no ha sido ni es republicano más que en un sentido de régimen de publicidad, independiente de las formas de gobierno. No ha sido antimonárquico, que yo sepa, ni antidinástico, ni siquiera antialfonsino, como lo prueban sus relaciones con el monarca anteriores a su ruptura de hace seis años. Alguna vez—la última en el

artículo que escribió al día siguiente de la visita para *El Mercantil Valenciano*—ha hecho confesiones antidinásticas, diciendo que esta dinastía era incompatible con todo régimen liberal, y, por lo tanto, con un hombre liberal como él. Pero esas y otras declaraciones, como algunos ataques personales al monarca y a su familia, como algunos juegos de concepto por estilo de aquel, tan repetido, de «ex futuro vice-imperio ibérico» y otros que no podrían faltar en una buena antología del retruécano, han sido espuma polémica, argucias y extralimitaciones del tenaz monólogo, acaso por efecto de esa creciente excitación psicológica que se produce en el que provoca con muchas palabras y le responden con pocas o ninguna; pero nunca expresión de un rompimiento moral entre una persona y otra, de una de esas rasgaduras éticas que cuando ocurren entre dos hombres, toda reconciliación es decorosamente imposible. Unamuno no llegó jamás a lo que Guerra Junqueiro, que llamó cerdo públicamente al rey Carlos de Portugal, con todas sus letras y con todo su inmenso desprecio irreparable. Los ataques de Unamuno—ésta ha sido, además, su característica de escritor siempre—son más mortificantes que infamantes; más hirientes para el intelecto que para la conciencia moral. Uno de sus dardos favoritos, por ejemplo, es el de «botarate», que implica un juicio intelectual. Pero la reconciliación por juicios intelectuales más o menos ingeniosos y desagradables no envuelve menoscabo para quien los infiere, sino, a lo sumo, para la vanidad de quien los recibe. Otra cosa fuera si los juicios condenatorios hubiesen sido de tipo moral, de rompimiento del lazo más íntimo y delicado que une a los hombres: la estimación en la conducta; en tal caso, la reconciliación hubiera sido humillante para el ofendido, pero ignominiosa para el ofensor, porque equivaldría a significar que se aprecia, o se lo finge, a quien antes fué digno de desprecio. Estoy convencido de que no es este el caso de Unamuno.

Don Miguel de Unamuno se ha conducido en todos estos años como agraviado y como consejero. Piénsese lo que se quiera del agraviado de que tan amargamente se ha venido quejando Unamuno en todo este tiempo. A mí me parece pueril. Nunca puede parecer sería ofensa a un hombre orgulloso el no ser recibido por otro. Un hombre orgulloso, en posesión de una alta idea de sí mismo, no se cree honrado con ser recibido por nadie, sino el honrador, y si no le quieren recibir, tanto peor para los que le cierran la puerta, porque los honrados con la visita iban a ser ellos. Pero cuando la vanidad herida suplanta al orgullo

invulnerable, entonces todo se trastruca y se ciega la razón, hasta que el supuesto agravio se repara en el punto inicial mismo, o sea, forzando a abrir la puerta, por un medio u otro, a los que no habían querido voluntariamente desatracarla. Si en esto hay algún pecado, es el de falta de orgullo, de íntimo y sereno desdén para los cancerberos de alcázares. Pero tampoco tenemos derecho en esto a que los otros se pongan en nuestro lugar.

BALADA

de las niñas del tiempo de antes

Niña de las penumbras antiguas, muy
[lejana
tu gracia, muy dormidos tus versos, muy
[cristiana

tu fiesta mañanera, va silenciosamente
tu góndola encantada, niña Bella Durmiente.

Duerma, la niña, mientras pasan las
[deshonestas
y feas quasi niñas de las modernas fiestas

de unas modas y bailes sin Cristo, de una
[vida
cien mil veces profana, niña Bella Dormida.

Duerma, la niña, mientras pasan las
[deshonestas
y feas quasi niñas de las modernas fiestas.

Tú que las más antiguas inocencias evocas,
ya despierta serías de las vírgenes locas.

Serías como todas, vulgar, una de tantas,
mientras que así dormida, nos hablas de las
[santas

penumbras de la vieja ciudad, cuando las
[cosas
tenían el perfume virginal de las rosas.

Cuando con sus amigas, jugaban mis
[hermanas,
vestidas como niñas, cuando estaban lejanas

muchas cosas que en verso no se pueden
[mentar;
cuando era Nicaragua un clásico solar

de mujeres vestidas. Niña Bella Durmiente,
si despiertas que sea muy silenciosamente.

Sin salir a la calle, sin enseñar tu gloria,
como en un libro raro de primitiva historia,

mayúscula pintada por unas bellas manos
de monje silencioso, lejos de los profanos;

con tu madre y tu padre, bajo sus dos
[miradas,
¡los dos arcos divinos! Las niñas enclaus-
[tradas,

con Rodenbach decimos, ellas son las
[mejores,
vivas, inmarcesibles y perfumadas flores.

Duerma, la niña, mientras pasan las desho-
[nestas
y feas quasi niñas de las modernas fiestas.

Niña de las penumbras antiguas, muy
[lejana
tu gracia, muy dormidos tus versos, muy
[cristiana

tu fiesta mañanera, va silenciosamente
tu góndola encantada, niña Bella Durmiente.

A. H. PALLAIS.—Pbr^o

León, Nicaragua, Julio 1922

(Envío del autor).

Sin embargo, hay que hacer a Unamuno la justicia de haber elevado su pleito con la corona, originariamente personalísimo, a un plano de interés público, no sólo en su aspecto polémico-epigramático, siempre interesante como espectáculo en un pueblo aficionado a los toros y a las peleas de gallos, sino como síntoma de los vicios fundamentales del régimen: aislamiento y desdén de la monarquía por los hombres más esclarecidos del país. Unamuno convirtió el agravio que se le había hecho cerrándole la puerta en un agravio a la conciencia liberal de la nación, desoída siempre, no llamada nunca a consulta. Y a la par que contestaba con agravios al recibido, daba consejos en nombre de esa conciencia liberal de que él, con perfecto derecho, se erigió en vocero o personero, como él mismo dice. En la réplica de agravios iba mezclado el consejo. Por encima de su táctica de alfilerazos—ese era el deleite estético del escritor—y por encima de sus palmetazos—esto incumbía al viejo y disgustado profesor—, Unamuno ha sido siempre un español público que aconseja a una Corona a su juicio distraída y desatenta, un consejero extra-álculo. Recuérdese un pasaje de su discurso en el Ateneo cuando el mitin a favor de las garantías constitucionales, donde dijo: «Yo, que soy su más leal consejero...» Con la visita ha creído Unamuno que se le reparaba el antiguo agravio y que se comenzaba a prestar atención a su consejo. Puede parecernos lo uno pueril y lo otro candoroso; pero puestos en su lugar, en el que venimos buscando en este proceso psicológico, nadie podrá con justicia acusarle de deslealtad consigo mismo.

Pero se habla de lealtad para con el prójimo, para los que pusieron sus ideales en Unamuno. Ya hemos indicado el carácter subjetivo de esta actitud, que quiere que Unamuno sea como cada uno de nosotros. Eso es un error de método crítico. Hay otro error, un error de conocimiento. Unamuno es un gran escritor y una personalidad irreductible a ninguna disciplina de partido ni siquiera de coincidencia social en un movimiento determinado. Siempre ha sido así y es de suponer que lo siga siendo, que los hombres no cambian en lo esencial de su naturaleza. Unamuno es un fermentador, un agitador de conciencias, pero no un jefe, no un organizador ni un conductor de hombres. Su misión es despertarlos, ponerlos en pie; luego que anden ellos, solos o bajo la dirección de otro. ¿Qué culpa tiene él de que alguna gente, generalmente moza, por no conocerle, quiera seguirle, en vez de limitarse a oírle y enriquecer su conciencia civil, intelectual y estética oyéndole, sin ánimo de proselitismo?

Quizás lo más erróneo de la visita haya sido el procedimiento. Es tal el desprestigio de los hombres públicos españoles, tal su fama de deslealtad y perfidia, que el acompañamiento de una persona como el conde de Romanones—el más voluble y quebradizo de los políticos—basta para desautorizar una visita o, por lo menos, para infundir serias sospechas. Acaso Unamuno debió ir solo o en mejor compañía y acaso debió haber anunciado públicamente el suceso e inmediatamente su resultado, para haberle quitado toda apariencia de semiclandestinidad. Entonces quizás no hubiera sido tan desconcertante la sorpresa de la opinión pública ni tan severo e injusto su fallo.

Sobre el grado de dignidad de la visita—y con esto termino mi apología—, nada concreto puede saberse, porque sus consecuencias pertenecen al futuro. Ya está desagraviado Unamuno. ¿Seguirá aconsejando como liberal, con energía e intransigencia? ¿O con el desagravio se habrá volatilizado también la voluntad de consejo extra-áulico? Yo creo firmemente en la dignidad y austeridad de Unamuno; pero no puedo imponer a nadie esta creencia, sino dejar al tiempo que lo confirme.

LUIS ARAQUISTAIN

(España, Madrid).

EN EL ATENEO DE
MADRID. — UNAMUNO
EXPLICA SU VISITA A
PALACIO.

COMENZÓ — el señor Unamuno—diciendo que volvía a ocupar la tribuna del Ateneo en cumplimiento de un deber, no en calidad de residenciado, para dar una explicación al Ateneo y al pueblo español de su visita a Palacio.

Recuerda la conferencia que leyó, para tener más seguridad en la dicción, cuando le desposeyeron del rectorado de la Universidad de Salamanca. Trae a la memoria igualmente la conocidísima conversación que sostuvo con el Rey en el mes de noviembre de aquel año, cuando D. Alfonso le invitó a que fuera a Palacio para hablar de cosas que afectaban al interés de la nación, de la enseñanza y del rectorado.

Como ya he dicho, en el mes de noviembre acudí a Palacio, deferente

a la cita que me había dado el Rey. Allí me recibió un señor, por cierto bastante impertinente, a quien dije el objeto de mi visita. Este señor me indicó los trámites que habían de seguirse previamente, y aunque él se ajustó a ello, es lo cierto que no pudo realizarse el que parecía que era deseo del Rey y el mío.

Recuerda los tiempos de la lucha entre germanófilos y aliadófilos y el mitin aliadófilo de la Plaza de Toros, en el cual ya señaló al Rey como uno de los fovorecedores de la germanofilia, y la Asamblea de parlamentarios y la huelga general revolucionaria, como episodios en los cuales intervino él a título de comentarista público.

Hubo un período en el cual sólo su voz de protesta era la que se levantaba contra todas las injusticias políticas. En esta campaña publiqué varios artículos, algunos de los cuales fueron denunciados. Por dos de ellos, publicados en «El Mercantil Valenciano», fué procesado y hasta condenado. El sabía que la condena tenía casi por exclusivo objeto dar ocasión para ejercer la magnanimidad del indulto. En protesta contra esta condena se alzó la intelectualidad española, y se fraguó al otro lado de los mares, en América, una opinión también contraria, que cristalizó en un mensaje.

Cuenta que, siendo ministro de Gracia y Justicia el Sr. Francos Rodríguez, le escribió una carta para que le fuera leída al Rey, en la cual rechazaba el indulto, por considerarlo injusto, ya

que injusta estimaba también la condena. Esta carta no le fué leída al Rey; pero el orador se cuidó mucho de hacer públicos los conceptos que ella contenía para que llegasen a conocimiento del público y del Rey.

Habla después de su inclusión en la candidatura republicana por Madrid, recordando que él hizo la salvedad de que no iba allí por una filiación dinástica ni antidinástica. Añade, con relación al trato de algunos políticos con el Rey, que es lógica la actuación del jefe, D. Melquiades Álvarez, yendo a Palacio cuando le llaman, bien entendido, cuando le llaman, y esto es mucho mejor—añade—que ir allí de tapadillo por la puerta trasera para hablar en la intimidad tal vez de negocios. (*Rumores*).

Refiere que cuando le hicieron vicerrector de Salamanca supusieron algunos maliciosos que, a partir de aquel momento, él callaría y pondría término a su campaña. Claro es—añade—que no callé.

Recordad también el discurso que pronuncié aquí cuando se hacía la campaña para pedir el restablecimiento de las garantías, y acordaos de que decía que era para él.

El efecto de este discurso fué bastante grande. El se quejaba de haber sido atacado en un sitio en el que aun siendo socio, no se podía defender.

Un amigo mío, por encargo del Sr. Sánchez Guerra (*Rumores*), me hizo insinuaciones en el sentido de ver si había manera de poner término a la

situación en que me encontraba con relación al Rey. Se me llegó a hablar de riesgos para el Ateneo. Se concibieron varios proyectos, algunos disparatados y absurdos. Pensaron que viniese el mismo Rey aquí, en calidad de socio del Ateneo, para escuchar las explicaciones. A mí me pareció un absurdo, porque se corría el riesgo de que, en vez de haber venido a recibir explicaciones, se las pidieran.

Y es absurdo esto, porque, según la Constitución, el Rey es irresponsable, aunque él se dispusiera a despojarse de aquella irresponsabilidad.

Como yo no veía otro arreglo, dije que el que podía buscarle siempre alrededor del Ateneo era el presidente de esta Sociedad.

Se convino que yo fuera a Palacio, acompañado del Sr. Sánchez Guerra.



MIGUEL DE UNAMUNO

(Caricatura de BAGARÍA).

pero luego dijeron que me acompañara Romanones. Notario por notario, me era indiferente. (*Risas*). Y fui a Palacio. Yo no podía negarme a hablar delante del interesado indefenso. Yo tenía el deber de oír lo que en su descargo diera el hombre a quien yo había acusado. Yo no ponía tanta violencia en mis ataques contra el régimen mismo como la que he puesto contra el Rey. Era algo personal, un duelo entre caballeros. Debía ir a oírle y a decirle todo lo que había dicho fuera de allí. (*Una voz: ¿Y lo repitió?*)

El Sr. Unamuno (*con resolución*): Sí, lo repetí. (*Una ovación estruendosa acoge esta declaración. Los aplausos y los rumores continúan durante un rato*).

«Fuí a Palacio—dice—a prestar un servicio a mi patria. Antes de ir, dije que no habría en ello ningún compromiso. Y salí sin haberlo contraído.

Entré, y el Rey me recibió en uniforme de general de campaña; yo llevaba este traje, que no sé si es de general y de campaña. Se me dijo en seguida que, más que por él, sentía el agravio por otras personas, porque, al fin y al cabo, él es hombre público, y se somete a la crítica. Yo asentí, porque he sido también hijo, y educado por viuda.

Se me hizo alusión a mi pleito, y hablé de todo: de las actas de Torroella y de la condena ilegal del Comité de la huelga del 17. Se me preguntó: «¿Ilegal?» yo dije que sí, porque estimo que lo que da carácter de delito a una huelga no es su fin, sino los medios, y el cruzarse de brazos no puede ser delito. Hablé de la impunidad en que quedan algunos delitos. A consecuencia de la huelga, se nombró una Comisión extraparlamentaria, y la única persona que se procesó fué un capitán que mató a un niño en Bilbao; luego fué absuelto porque se dijo que la bala no era de máuser, y no se había hecho la autopsia. También quedaron sin sanción los agravios inferidos a Marcelino Domingo en el patio de un cuartel. Hablé del coronel Márquez, que también creo que fué expulsado injustamente del Ejército.

Se habló de las camarillas y politiquillos que rondan en torno a la realeza, y de cómo muchas veces se utiliza la irresponsabilidad, y cuando las cosas salen mal, la culpa se carga sobre el irresponsable, y cuando salen bien, se atribuye la iniciativa el consejero. a lo cual dije yo: «Eso, señor, tiene un remedio: no tener iniciativas. Pues se piensa que, cuando los proyectos tienen la firma regia, se va a hacer leyes...» Se me preguntó qué quería decir. Yo contesté que me refería al discurso de Córdoba. Se me dió entonces una versión de ello, que con-

fieso no entendí, porque no me hallaba yo en situación de entender.

Recordé después la fiesta de Llodio, la zarabanda que el pobre D. Eduardo Dato bailó vestido con un capuchón rojo. Me preguntaron que por quien sabía aquello, y yo dije que por un amigo.

Cuando fuí a Palacio se había levantado ya la suspensión de las garantías; en esta decisión no han influido poco los discursos que aquí se pronunciaron.

Hablé, sin embargo, de todos los que han sido y siguen encarcelados, de los quincenarios y hasta de los blasfemos.

En un inciso se me dijo que no podíamos quejarnos por falta de libertad, pues ya había yo experimentado que no había nada intangible para la crítica, y entonces dije yo que sí.

«Sí, la Guardia civil»; y hablé de un pintor gitano, al que se le ocurrió pintar, no exponer, un Cristo azotado por dos guardias, y se le encarceló, y al fin, fué el Rey el que tuvo que intervenir con un indulto para que saliera a la calle.

Hablamos del régimen de justicia y de la aplicación de indultos y amnistías, porque recientemente se ha consumado la pena de muerte en un caso en que era de justicia aplicar un indulto, y existe la desvergüenza del verdugo.

Se me dijo que eso ocurre en todas partes; en Francia.

También oí allí algo referente a la Gran Campaña Social, y se dedicó algún tiempo a hablar de la vida universitaria y de las necesidades de la Universidad de Salamanca, y se habló de otras cosas, y, por hablar, hasta de religión hablamos.

Y salí, no como había entrado, sino con la impresión de haber cumplido un penoso deber.

Esta es la historia de lo pasado, pero queda el porvenir.

EDICIONES

del "Repertorio Americano"

Un capítulo de Sismondi.....	0.15	00 am.
Orientación Ideológica Por Luis López de Meza.....	0.15	>>
Colegio de Cartago. Por Ricardo Jiménez.....	0.15	>>
Pasteur y Metchnikoff. Por C. Picado T.....	0.40	>>
El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad. Por R. Brenes Mesén.....	0.15	>>
Discursos. Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15	>>
Recogimiento. Por Rogelio Sotela.....	0.30	>>
La personalidad literaria de Ventura García Calderón. Por Napoleón Pacheco.....	0.25	>>
José Ignacio Escobar: Escritos. Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15	>>

Ahora sólo queda continuar la campaña por la libertad y la democracia, por el régimen de publicidad abierta.

Hay que ir a una reforma constitucional que acabe con el «Por la gracia de Dios, Rey constitucional». Afirmar que la soberanía reside sólo en el pueblo.

Hace falta que se unan todos los hombres liberales, dinásticos o antidinásticos, que sientan el deseo de la Justicia, que es cumplimiento del deber.

La Constitución es del Estado, de la Nación, que es lo sustantivo, y debe ser tan amplia, que pueda servir lo mismo para un régimen monárquico que republicano.

Al lado de esto tiene poca importancia lo demás. Porque se me pregunta: «¿Colaborará usted en el Gobierno?» «Hace ya tiempo que vengo colaborando.» Y se continúa: «¿Será usted ministro?» «Para ser ministro—contesto—dicen que hace falta la confianza de la Corona, y yo creo que es el pueblo quien debe tener confianza en la Corona, y ¿la tiene?» Yo pienso que el pueblo no tiene confianza ni en la Corona, ni en nada. No hay opinión y hay que hacerla.

Y dejó estas cosas pequeñas.

Creo un deber repetir que yo no me he comprometido a nada, y que nada se me ha pedido.

Y aparte del pleito individual, no creo que haya que desistir de la campaña.»

En esta parte del discurso empezaron los rumores, que, en tono más o menos alto, siguieron hasta el final.

«Aunque ya no hacen falta las estridencias, máxime cuando se tiene el camino abierto para hacerlo en privado... (*Aumentan los rumores*). Interpreto esos rumores como si creyeráis que trato hacerme regente del Reino. No, porque el que se aconseje en privado no quiere decir que no se haga lo mismo públicamente.

En cuanto al Rey, no creo que siga ese período de desgobierno que comenzó el año 14 y culminó el 17; pero si sigue...

Hace una crítica del discurso del marqués de Alhucemas.

Ha dicho éste que los partidos liberales coaligados van a hacer efectiva la democracia. No diré yo tanto; pero si lo hacen, ya tendremos allanado el camino.

La Monarquía, como la lucha de clases, es un hecho. A la una, como a la otra, hay que hacerle un cauce, para que no pueda desbordarse.

Yo, a pesar de los que me quieren poner etiquetas, soy yo, el que era, y creo que se pueden tener opiniones y sentirse liberal sin necesidad de ponerse rótulos.

Aparte de que la serpiente no se

despoja de su piel antigua hasta que debajo no tiene la piel nueva; y ¿creéis vosotros que a España se le puede caer la piel vieja como por ensalmo?

La primera República que en las condiciones actuales se declarase, sería un desastre, sería continuar en el des-gobierno.

Lo mejor es mantenerse lejos de los partidos constituidos; gobernar al pueblo políticamente.

Un día Cromwell, el puritano, entró en el Parlamento, y, después de pronunciar un discurso a los reunidos, dijo: «En el nombre de Dios, ¡largo!»

Ahora Cromwell llevaba tras sí unos mosqueteros; cuando contemos con unos mosqueteros civiles y un pueblo educado, yo iré con vosotros, los que queráis, y entonces podremos decir: «Señor, en el nombre de Dios, ¡fuera!»

Estas fueron las últimas palabras del señor Unamuno, a las que se hizo una salva de aplausos.

(*El Sol*. Madrid).

EL REGIMEN DE OPINION

LA conferencia de D. Miguel de Unamuno en el Ateneo explicando «un episodio histórico», o sea el proceso de su reciente visita a Palacio, ha sido un buen éxito, más que para el conferenciante, para el público. Se temían desórdenes, vociferaciones, tumultos, contra la libertad de palabra; pero el Ateneo, fiel a su tradición de tolerancia, oyó al Sr. Unamuno, si no con el entusiasmo de otras veces, con el respeto de siempre. Suyo es, pues, lo mejor del éxito del dramático acto.

Habló el Sr. Unamuno de la necesidad de educar políticamente a nuestro pueblo, de suscitarle opiniones; y nada más cierto, porque la característica de los españoles no es opinar, sino dogmatizar o dejarse arrebatado de la emoción. La política española no ha transpuesto aún el estadio emocional. Los discursos suelen ser, sobre todo en las tribunas populares, excitaciones a los afectos, rara vez llamamientos a la inteligencia. Pero los estados de emoción no pueden tener continuidad, por cansancio del público y por impotencia de quienes los producen, y así se explican esos vaivenes de la conciencia popular que pasa con la mayor rapidez de la exaltación más candente a la depresión más álgida. Psicológicamente, la política española es un trasunto de las fiestas de toros, morboso acaloramiento un instante y desfallecimiento nervioso inmediatamente.

No hemos llegado aún al régimen de opinión, de juicios formulados y aceptados críticamente, como materia cuestionable. Dado el supuesto de lealtad, de rectitud, toda opinión, como toda conducta, es digna de atención y res-

peto independientemente de que luego sea aceptada o rechazada por otros opinantes, o de que sea modificada por las opiniones de los antagonistas. Una conciencia social no puede nacer, ni existir, ni desenvolverse sino del choque de innumerables opiniones y de la influencia de unas sobre otras. Y cuando en un pueblo no hay opiniones, sino juicios cerrados o sentimientos de exclusión, sordos a toda discrepancia, cada individuo es como un islote espiritual, sin contacto con el resto, y no es posible que se forme conciencia colectiva alguna, que es, en última instancia, un proceso de la razón, un punto de encuentro entre la multiplicidad de opiniones sobre la base común de la curiosidad y el respeto.

Hay un país donde el régimen de opinión ha alcanzado formas admirables, que es Inglaterra. Nadie tiene allí el temor de ser callado por la violencia. Si un hombre carece de prestigio, nadie irá a oírle; pero si va alguien, le escuchará con respeto, aunque luego, cuando haya dicho su palabra, se sometan sus opiniones a controversia. Es costumbre general entre propagandistas y hombres públicos ingleses invitar al auditorio a que les haga preguntas al término de sus conferencias y discursos, a que de ese modo opina y disienta del orador si no está de acuerdo con sus juicios. Siempre dentro del mayor respeto, del «fair play», del juego limpio, que es la norma ética de un pueblo de buenos jugadores. De ese modo se establece un intercambio dialéctico entre todos los concurrentes, y es la inteligencia, más que la turbia zona del sentimiento, la que depura y enriquece la opinión colectiva. Es el método crítico sin el cual no hay convivencia social posible ni progreso del espíritu. Y lo que ocurre en la tribuna del mitin acontece también en la tribuna de la Prensa, siempre abierta a la disensión polémica.

Hubiera sido lamentable para el curso de la cultura española y de nuestra vida pública que el Ateneo no hubiera respetado la libertad de expresión en el Sr. Unamuno, aunque también es sensible, desde el punto de vista del

régimen de opinión, que algunos de los más excitados por su visita a Palacio no le hicieran al final de su conferencia, previo acuerdo sobre ello, las objeciones que creían pertinentes para mayor esclarecimiento de la opinión pública. De todos modos, es de aplaudir que prevaleciera el respeto sobre la emoción desconsiderada. Esto es ya un buen paso por el camino del régimen de libertad de opinión.

LUIS ARAQUISTAIN

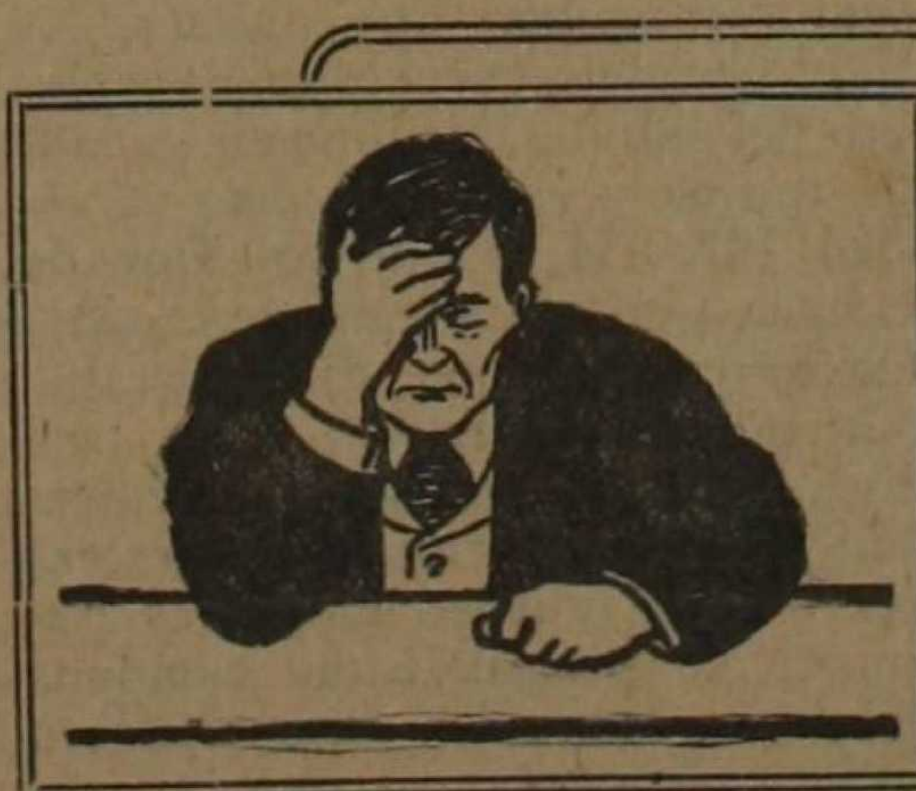
(*La Voz*. Madrid).

EL GRAN MENTIDERO

¡QUÉ ganas, Dios mío, de encontrarme de nuevo en el fecundo recogimiento de mi celda de Salamanca! Y no digo «sosegado», porque verdadero sosiego tampoco lo he gustado allí. Ni ya en parte alguna. ¡Pero en esta Villa y Corte!... La de la Corte, la del Parlamento, la de los mentideros... Todo Madrid no es apenas más que un mentidero, el gran mentidero de España. Y ahora aparece atacado de histérico, acaso de epilepsia.

Ayer tarde volvía hablar en el Ateneo para historiar mi visita a Palacio, para contar cómo fui llamado a él y cómo a él acudí como personero de los agravios públicos contra un régimen de despotismo. El público, maleado en mucha parte por la picarería de los políticos de oficio, no iba a enterarse de lo que yo dijera, sino de lo que yo callara, de lo que suponían que habría yo de callar. Este público está tan poco acostumbrado como el rey mismo a ver a un hombre de pie y que dice toda la verdad sin sobreentender ni subentender nada. El público del gran mentidero no es fácil que se entere desde luego de la verdad sencilla. La sencillez se le aparece como un velo. Y menos mal que luego recapacita y reflexiona y reacciona, y a las veces acaba por comprender.

He llegado a la conclusión de que un cuerdo entre locos puede aparecer como un loco entre cucos. Creen que es cuquería lo que no es más que locura y creen que es locura lo que es



Para mal estar, pesadez de estómago, acidez y dolores de cabeza, debidos a digestión pesada, tome

DIGESTOIDES

Pídalas en todas las boticas

cordura. «¡Hablar lenguaje de razón a sentimentales!...» Así me decía un amigo. Pero estos histéricos de revolucionarismo sin contenido no son sentimentales.

¡Revolución... revolución...! Sin duda; se está haciendo; la estamos haciendo, unos sin querer y otros queriéndolo. Y yo, tanto como el que más, más que el que más en España. Pero hay un público de cine y de mentidero y de Plaza de Toros, el que va en busca de «hule», que aspiraba a verme avanzar a la suerte suprema entre aplausos del tendido, pero solo. Para hacerme luego un entierro—de muerte pública y civil, se entiende—de primera.

La serpiente no se desprende de la piel vieja, les decía ayer, mientras no tiene bien formada y resistente la nueva piel por debajo de la vieja; ni costra de una herida cae hasta que la herida no está cicatrizada. Y si cae antes se forma otra costra peor que la caída. A que se forme la nueva piel, a que se cicatrice la herida, debemos tender todos.

¿Cuánto tardaría en caerse la piel vieja? ¡Quién lo sabe!... Pero creemos que poco, muy poco tiempo. Porque se están cayendo ya y a pedazos. Y aparece bajo los girones no una piel nueva, sino la carne al desnudo, el cuerpo de la nación desollado. Porque no es el reino, no, lo que se deshace y despedaza; lo que se deshace y despedaza es la nación, es el Estado. ¿Y qué le sustituye?

Que el reino se deshaga y despedace es un bien; que la vieja piel se desgare en harapos es un bien, ya que está podrida y amenaza gangrenar al cuerpo. Porque lo peor de este régimen de despotismo es que es un régimen de negocios. El despotismo, execrable como es, puede ser algo fuerte, una camisa de fuerza para un loco; pero el régimen de negocios es una faja de podredumbre.

Parece que recientemente se ha marcado una cierta orientación liberal, pero... ¡Y tan pero! La superstición del negocio sigue. Se le llama a consulta a un hombre de pluma, a un escritor, y no ya sólo a caciques políticos o a espadones; pero el que realmente gobierna es el negociante, es el financiero, es el agiotista. Nada se admira más que el arte de hacerse rico en poco tiempo, y sea como fuere. «¿Cuánto tiene? Quiero conocerle; que venga, que venga». ¡Los negocios, oh, los negocios!

Y esto en toda esta Europa convulsionada. Se comprende el sentimiento que ha invadido a ciertos corazones con la tragedia del último Kaiser del Imperio Austro-Húngaro. Morir destronado... ¡pase! ¡Pero tronado! Es realmente pavoroso y va a ser cosa de

qué los reyes que aún quedan formen un sindicato, una cooperativa o una sociedad de seguros mutuos. ¡Una nueva Santa Alianza, pero financiera y no militar! ¡Tales tiempos corren!...

Y esa fiebre de grandes y pequeños e ínfimos negocios invade a todos. Los de ese público de Plaza de Toros que esperaba verme lidiar la última suerte y husmeaba «hule»; los de ese público no se cuidan sino de sus pequeños, de sus ínfimos negocios. Vocean revolución en público y pordiosean «enchufes» en privado. ¡Y como yo no puedo darles más que un espectáculo!... Porque más allá del espectáculo ni ven ni sienten nada.

¿Y ahora? Ahora adelante, en el mismo camino, y que mormojee saudeces el mentidero.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(El Mercantil Valenciano, Valencia, España).

EL HEROE HISTORICO

ERA obligado defender a don Miguel de Unamuno, no sólo en su posición política, sino también porque con el pretexto de combatirla, de censurar lo que algunos han llamado sus veleidades, no ha faltado gente de baja condición mental, siempre envidiosa del talento ajeno—forma indirecta de consolarse de la parvedad del propio—, que ha querido negarle valor literario, grandeza como escritor.

Muchos monárquicos, serviles con el trono, han tratado de desprestigiar a nuestro gran artífice de la palabra, sacrificando sus deberes de lealtad monárquica a una pasión más honda e irrefrenable, cual es el odio a la inteligencia. Las mayores diatribas contra Unamuno por su visita a Palacio han venido de las derechas, porque saben que la inteligencia y la inquietud del ánimo, aunque alguna vez yerren, como ahora, en propio daño, son por naturaleza subversivas y peligrosas para el orden establecido. En el fondo, sólo claudica la estupidez. Sólo se entregan los necios, los que nada tienen que entregar, fuera de sus vacías personas, con lo que hacen peor negocio quienes los reciben que quienes los pierden. La inteligencia es inalienable.

Pero defendido Unamuno en su condición íntima y esencial, como personalidad literaria, como agitador de conciencias, no como guía de muchedumbres—es necesario fijar esa distinción porque no hay hombre perfecto—, conviene analizar las raíces sociales de su exaltación, la naturaleza de esa fe que muchos españoles pusieron en su personalísima campaña contra la Corona, pues de su examen acaso se gane un mayor conocimiento del estado psicológico actual de nues-

tro pueblo. Para muchos era Unamuno la personificación de lo heroico, el profeta que presagia los males venideros y flagela los presentes, y acaso el mesías nacional destinado a salvarnos de los desastres actuales y a evitar los futuros. Unamuno es un gran lector de la Biblia y de Carlyle y quizás él mismo se ha creído alguna vez profeta o héroe histórico y es posible que siga creyéndolo; pero su modo de entender el heroísmo o el profetismo, si ha llegado a sentirlo, no es el mismo que el del público, cuya decepción, al verle reconciliado con la Corona, ha sido evidente. En el artículo anterior traté de lo injusto de esa decepción, examinándola con un criterio racional; ahora quiero considerarla en sí misma—de igual modo que entonces juzgué a Unamuno en sí mismo—, como manifestación de un desilusionado sentimiento espontáneo y profundo del pueblo.

La deficiencia de todas las interpretaciones de la historia es su parcialidad, su limitación, el propósito de querer explicarla por una sola idea, en vez de contemplar en ella la cifra y compendio de todas las concepciones que hasta ahora ha construido la mente humana y las que en el futuro construya, la individualista como la colectivista, la antropogeográfica como la etnográfica, la cultural como la económica, la que se funda en la noción de la lucha de clases como la que no admite otra fuerza motriz que la evolución de la técnica. ¿Qué duda cabe que la teoría individualista, culminante en el héroe de Carlyle—acaso anticipado por nuestro Gracián—y en el genio de Nietzsche, teoría defendida aún después por historiadores como Max Lehmann, es la expresión de estados colectivos porque pasan los pueblos en períodos de desesperación o sometimiento?

No es la única cierta, porque no basta para explicar todas las épocas históricas ni todas las fases aun de una época heroica; pero la Humanidad sigue creando de continuo héroes, personalidades en que se polarizan los anhelos y esperanzas colectivas; nacionales o universales. Y no se diga que la mitología heroica, la aptitud de crear mitos heroicos, pertenece definitivamente al pasado, porque la Historia de estos últimos años lo desmiente. Embrión de héroe fué Wilson, en quien, por un instante, vió todo el mundo civilizado su salvación material y espiritual, el hombre que había de reorganizar la familia humana sobre bases duraderas de paz y justicia. Tuvo Wilson el ímpetu inicial para promover la fe en su destino; le faltó la energía y el talento para conservarla. Le frustraron como héroe sus vacilaciones y transacciones con la

política realidad antiheroica, no la mutación escéptica de sus creyentes, que incluso llegaron a excusarle como víctima candorosa de sus contendientes; pero el héroe no puede ser ingenuo ni débil.

¿Y quién negará que Lenin, en Rusia, es la forma perfecta, mítica, del héroe victorioso? Se imagina él con un destino heroico, con el de salvar a su pueblo y, por extensión, a todos los pueblos con el comunismo, y aprovecha la primera circunstancia favorable para cumplir su misión mesiánica. Ciertamente, ha usado y abusado de la fuerza para ejercitar su mesianismo, como la mayor parte de los héroes, desde Mahoma hasta Cromwell, sin excluir a los propios representantes posteriores del Cristo. Pero no es la fuerza física el secreto de su prolongado poderío, sino el misterioso magnetismo de su personalidad. ¿Qué distingue a Lenin de Kerenski? Ideológicamente, nada esencial, a despecho de las bizantinas discrepancias teóricas entre unos socialistas y otros. Les separa sólo una diferencia de personalidad: que el uno es un hombre sin gran consistencia íntima, vacilante, tal vez escéptico o asustadizo frente a la empresa que le aguarda, y el otro es un temperamento heroico, seguro de sí mismo, de sus ideas y de su resistencia personal.

Pocos pueblos tan abonados como España para la formación de mitos heroicos. Toda nuestra historia no quiere ser sino una cadena de hitos de héroes. No lo serán si se les mira demasiado de cerca—el Cid, por ejemplo, se ha dicho con justicia, fué un condotiero—; la Historia de España, se repite constantemente, está por escribir, porque en la escrita, no hay más que hazañas y gestos de epopeya; pero ese es precisamente el género de historia que lee con deleite un pueblo gustoso de lo heroico. Este culto del héroe puede ser, en un pueblo, permanente, por su idiosincracia y por su organización social de invariable tipo étnico; o transitorio, en períodos de pasajera decadencia colectiva. Cuando por anarquía constitucional o por mudables circunstancias históricas, el individuo—el átomo de polvo—no logra elevarse por sus propias fuerzas a la altura de una gran misión nacional o internacional que surge fortuita o necesariamente, con el imperio de salvarse o de engrandecerse, su estado psicológico le induce a la creación del héroe, de la personalidad que resume y dé coherencia, en forma de sólida argamasa social, al disperso polvo individualizado. El extremo individualismo de una sociedad lleva al aislamiento general, a la no cooperación, a un régimen de vida insolidaria; pero ese mismo individualismo, en momen-

tos de necesidad colectiva, engendra, no un sistema orgánico y bien articulado de células sociales, sino la tendencia al culto heroico, a la agrupación física, externa, en torno de un hombre representativo y mesiánico; un Napoleón, un Washington, un Bolívar, un Cavour, un Lenin; en la forma más desesperada, un Jacobo Clemente, un Caserio, un Angiolillo. También las épocas de gran relajación social tienen sus héroes negativos, disolventes, demoníacos: un torero, un bandido, un boxeador, una bailarina lasciva; estos son los contrahéroes, los deshacedores de la historia.

Está por averiguarse si la falta de partidos políticos y organizaciones colectivas en España, donde el individuo puede desenvolver gradualmente la parte social de su personalidad, es consecuencia de una anarquía ingénita, racial, incorregible de nuestro pueblo, o si, al contrario, es no más que una ausencia histórica y, como tal, remediable. Dejemos ahora a un lado el complejo problema. Lo cierto es que pocas veces como en la última media centuria ha sentido el pueblo español la necesidad de personalidades salvadoras. El «aquí hace falta un hombre» es la expresión más íntima y leal de nuestro pueblo. El mundo marcha, entre dolores y zozobras, acaso nuncios de nuevos renacimientos vitales. Pero, desde dentro, la impresión que todos tenemos de España es que no se mueve, que se aparta a tumbarse en la cuneta del camino de la Historia creadora: nuestra ineptitud en lo político y en la organización social a base de técnica moderna nos hacen pensar, no en pueblos eclipsados que luego resurgen y se alzan a grandes altitudes históricas, como Italia y el Japón, sino en naciones que un día fueron y ya no volverán nunca más a ser, como Marruecos y Turquía. Esta difusa conciencia de acabamiento histórico es la que suscita en un pueblo como el nuestro, hasta ahora inhábil para una reacción social orgánica, el sentimiento heroico, la esperanza en personalidades eminentes y arrebatadoras.

En este sentido ha de interpretarse la germinación heroica que comenzaba a brotar en torno de Unamuno. Dije en el artículo anterior y repito ahora que la desilusión es injusta desde el punto de vista de Unamuno; pero si es verdad que él no ha sido desleal consigo mismo ni, por lo tanto, con los que en él pusieron una fe inadecuada a sus personalísimos procedimientos, no a su honradez y talento, también es cierto que el pueblo no razona, sino que se mueve por impulsos sentimentales, no reflexivos. De todos modos, teniendo ambas partes razón, es honda lástima que se haya frustrado otro

mito heroico, acaso el más puro y egregio desde Costa, el trágico héroe parálítico, símbolo perfecto de un pueblo también parálítico, incapaz de crear personalidades perfectas y eficaces. Se comprende que el incidente de Unamuno haya llenado de alborozo a falsos héroes y semihéroes—escépticos unos, otros corrompidos—, envidiosos del creciente prestigio histórico que iba acumulándose en torno a su persona, como el agua evaporada del llano alrededor de la cima de la montaña. Pero quien vea en España un valor histórico objetivo y sufra de su decaimiento como de cosa propia, la ocasión es más para desesperarse que para alborozarse.

LUIS ARAQUISTAIN

(España. Madrid).

CLARAS REFLEXIONES SOBRE BRAND

VUELVO a pensar en el *Brand* ibseniano—o mejor kierkegaardiano—y en el problema de los problemas íntimos: el de la radical soledad interior. Sobre todo la soledad de un alma que penetrada del sentido dramático, trágico, de la historia, que es el más hondo sentido histórico, se ve peloteada entre la espuma de las olas embravecidas.

O en más baja metáfora: figuraos dos ejércitos en batalla, en un llano, el uno frente al frente y un combatiente que desde un aeroplano deja caer proyectiles sobre uno de los dos ejércitos, del que se siente enemigo, y que los del otro ejército, los que se dicen de los suyos, le reclaman a sus filas y que él contesta que desde esas filas, desde el llano, pie a tierra, no haría nada de provecho para los fines de la campaña. Ni faltaría en este ejército quien dijese que pues el hombre del aeroplano estaba sobre el ejército contrario, en el vuelo de su campo, pertenecía a él.

Pero esta metáfora es pedestre y ahonda poco y si la empleo es sólo para ponerme al alcance de la psicología elementalísima de nuestras masas. Con esto del aeroplano vislumbrarán mejor ciertas cosas que con el ejemplo de *Brand*. Porque el aeroplano es bien visible y es mecánico.

«Y bien, ¿cree usted en Dios o no cree en Él?» Vaya usted a decir al que tal cosa le pregunte que lo primero es ponerse de acuerdo respecto a lo que queramos decir con eso de Dios y con lo otro de creer. Lo más sencillo, aunque parezca lo más complicado, y lo más breve, aunque parezca lo más largo, sería hacer la historia de la creencia en Dios según se ha desarrollado en la historia, lo cual sería hacer la historia de Dios y la de su creencia a la vez. Pero los creyentes, así como

los incrédulos—que son otros creyentes—no entienden de historia. Y en este aprieto, o se dice, como decía Goethe, que era ateo, deísta y panteísta a la vez, o se dice que no se es ni ateo ni deísta. «Ni creo ni no creo en Dios porque no acepto la categoría de creencia, tal como usted me la presenta». «¿Luego duda? es usted un escéptico...» «Ni dudo; hago historia».

«¿Es usted republicano, sí o no?»—se me pregunta—. Y repregunto: «¿qué es eso de ser republicano?» Porque republicanismo es una cosa: una doctrina, y república es otra: un hecho histórico. Y el así repreguntado se me pone a explicar su republicanismo y tal vez acaba: «¡más claro... ni agua!» Sí, más claro ni agua; pero agua clara iclaro! Y aquí el agua está casi siempre turbia. Y más si es agua de doctrina política. Y luego aquello de Guerra Junqueiro de que los que todo lo ven claro son espíritus oscuros. «¡Luego es usted monárquico!» «No, señor, no hay tal luego».

Todo el que vive dentro de las leyes en una república es republicano aunque sea monarquista y todo el que vive dentro de las leyes en una monarquía es monárquico aunque sea republicano. El hecho es hecho y la doctrina es doctrina. Y el historiador subordina las doctrinas a los hechos. No los hombres a las cosas, según quería Marx, sino las doctrinas a los hechos. Que los hombres no son doctrinas. Un hombre es algo más rico, más vivo, más fecundo, más íntimo que una doctrina o que un sistema.

Figuraos al pobre Brand de jefe de un partido político local o nacional. Lo habría disuelto a los pocos días. Y de hecho en aquel oscuro lugar perdido entre los fiordos de Noruega le tomaron como algo así como un jefe de partido. ¡Y tal fué su fin! A pesar de lo cual Brand sacudió la conciencia de aquel pueblo que no fué después de su llegada el mismo que había sido antes. Le pidieron lo que él no podía dar, pero él dió más que le pidieron, pues que se dió a sí mismo. Pero no le creyeron y llamáronse a engaño. Nunca se le cree al hombre que da el hombre. Y menos si se le pide un caudillo.

Cristo, con ser el Cristo, huyó al monte cuando las turbas quisieron proclamarle rey. Dijo que su reino no era de este mundo y dejó para que después de ajusticiado pusiesen sobre su cruz que era rey.

«Bueno, bueno, esas son sutilezas; ¿usted va a apoyar a la monarquía, sí o no?» «¿Yo? ¡nunca!» «Entonces...» «¿Entonces qué?» «Que entonces ¿usted nos ayudará a derribarla?» «¿A ustedes? y ¿quiénes son ustedes? Y sobre todo, ¿cómo? ¿Cómo se derriba eso? ¡Dígame cómo! Y veamos si no es más

sencillo dejar que se caiga sola y si todo lo que ustedes hagan para derribarla no contribuirá a que se sostenga más tiempo, para mal de todos y de ella misma...» «No me explico esto...» «Pues yo sí, yo me explico y veo más claro que el agua clara que es el revolucionarismo de ustedes el que mantiene en pie, aunque tambaleándose, esa momia histórica, ese pellejo vacío, esa ficción... Y que no es por los procedimientos de ustedes como se ha de precipitar su definitivo e inevitable derrumbamiento». ¿Pero a qué seguir?

Hay que elevar la visión, hay que subir a cielos más puros que los del aeroplano que se cierne sobre la polvareda y la humareda de la batalla—pues no se hace puntería desde muy alto—, hay que llegar a las cimas heladas y

solitarias en que murió Brand, alma religiosa.

¡Sentir religiosamente la civilidad! ¡Sentir con religiosidad la historia! ¡Llevar a cabo los propios actos sin previa deliberación pública, por sí mismo, con pura conciencia de continuidad histórica y en vista de un fin último! Tucídides, alma civilmente religiosa—su religión era la civilidad—, decía que escribía *para siempre*. Hay que hacer historia para siempre. Y por buscar un efecto de momento se puede abandonar la causa permanente. La más profunda labor política es una obra de educación.

MIGUEL DE UNAMUNO

(España. Madrid).

3) EL MOMENTO RUSO (1)

LAS CREENCIAS DEL CAMPESINO

POR MAXIMO GORKI

FALTA DE FE

EXISTE la creencia de que el campesino ruso es muy religioso, profundamente religioso. Nunca he sido yo de esa opinión, y me parece que he estudiado la vida espiritual del pueblo con bastante cuidado. Creo que un individuo analfabeta y que no está acostumbrado a pensar, no puede ser ni verdadero creyente ni ateo, y que el camino para llegar a tener una fe firme y profunda cruza el desierto de la incredulidad.

En el curso de mis conversaciones con los aldeanos y de mis observaciones sobre el modo de existir y actuar de las varias sectas en Rusia, he percibido ante todo una falta de fe (que puedo calificar de orgánica y ciega) en los procesos mentales; he descubierto una actitud mental que puede describirse como el escepticismo de la ignorancia.

He advertido siempre, en los propósitos de todas las sectas rusas por vivir separadamente, fuera de la iglesia intervenida por el Estado, una actitud negativa, no sólo hacia sus ritos y a sus dogmas, sino hacia el régimen del Estado y hacia la vida de la ciudad. Pero nunca pude descubrir en esta actitud negativa ninguna idea original, ningún signo de pensamiento creador, ningún indicio de exploraciones en busca de nuevos campos para el espíritu. Es, sencillamente, una pasiva y estéril negación de fenó-

menos y acontecimientos cuya conexión y significación es incapaz de comprender una inteligencia poco desarrollada.

Paréceme que la revolución ha demostrado de una manera definitiva cuán equivocados estaban los que creían en la profunda religiosidad del campesino ruso. Acaso el hecho de que en las iglesias de las aldeas se hayan establecido teatros y casinos no tiene la importancia que pudiera atribuírsele, aunque en algunas ocasiones se ha procedido así, no porque no se encontraba otro edificio apropiado para el teatro o el club, sino con el manifiesto propósito de mostrar la libertad del pensamiento. Se han registrado casos de actitud más grosera aun y sacrílega hacia la iglesia, actitud que es posible explicar por la hostilidad popular hacia los sacerdotes, por el deseo de ofenderlos, y a veces por cierta necia e insolente curiosidad por parte de la gente joven, que piensa: «¿Qué me sucederá si execro lo que es reverenciado por todos?»

Pero más significativos que todo esto son hechos como los siguientes: La destrucción del antiguo monasterio Petchersky en Kiev, y del monasterio Troitze Sergeievsky, acontecimiento de enorme importancia histórica y religiosa, pues ambos monasterios eran tenidos en gran veneración en todo el país, no provocó protestas ni disturbios entre los aldeanos, aunque algunos políticos pronosticaron conflictos ciertos con tal motivo. Ocurrió como si tales centros de vida y fervor reli-

(1) Véanse los REPERTORIOS 11 y 13 del tomo en curso.

giosos hubieran perdido repentinamente el mágico poder que atraía hacia ellos creyentes de todos ámbitos de la inmensa tierra rusa. Y, sin embargo, esos mismos campesinos defendieron con las armas en la mano y sin reparar en perder la vida, algunos miles de quintales de grano.

Cuando los soviets provinciales exhibieron públicamente las «reliquias incorruptibles» de los santos que eran con más veneración adorados por el pueblo, este mismo pueblo miró aquellos actos con completa indiferencia, con curiosidad silenciosa, apagada. Las reliquias fueron expuestas con gran falta de tacto y a menudo en forma ruda, con la activa participación de gentes de otras razas y otras creencias, con grosera burla de los sentimientos de los que creían en la santidad y milagroso poder de las reliquias. Pero ni aun esto provocó protestas en aquellos hombres que ayer mismo se arrodillaban ante los sepulcros de los santos.

Pregunté a muchos de los que habían intervenido en la exposición de las supuestas reliquias y a testigos de dicha exhibición qué efecto les había producido al encontrarse, en vez de los cuerpos bien conservados de los santos, con toscos muñecos que contenían algunos huesos medio deshechos. Algunos me dijeron que había ocurrido un milagro. «Conocedores los santos cuerpos de la profanación fraguada por los infieles, habían abandonado sus sepulcros y desaparecido». Otros me afirmaron que la aparente superchería había sido efectuada por los monjes, pero únicamente cuando se enteraron de que las autoridades intentaban destruir las reliquias. «Han quitado de los sepulcros las verdaderas e incorruptibles reliquias y las han reemplazado por muñecos». Esta fué la forma casi sin excepción en que se expresaron los representantes viejos y analfabetas de la aldea. Los campesinos jóvenes y más instruidos reconocían, por supuesto, que todo era una superchería, y hablaban de este modo:

LAS TRAMPAS DE LA CIENCIA.

«Ha sido una buena obra. Así hay un engaño menos». Pero después se les ocurrieron otros pensamientos que trascibo al pie de la letra:

«Ahora que las trampas de los monasterios han sido descubiertas, hay que tener cuidado con los médicos y demás gentes sabias y poner también de manifiesto sus manipulaciones ante el pueblo».

Gasté mucho tiempo en persuadir a mi interlocutor para que explicara la significación de sus palabras. Algo confuso y perplejo, me dijo:

«Claro es que usted no lo creerá; pero dicen que ahora los sabios pueden envenenar el aire y destruir todos los seres vivientes, tanto los hombres como el ganado. Ahora, todo el mundo es malvado, nadie es compasivo...»

Otro aldeano, miembro del Soviet municipal, que se califica él mismo de comunista, desarrolló aún más aquella alarmante idea.

«No queremos milagros — me dijo —. Queremos vivir a la clara luz del día, sin inquietudes y sin miedo. Y, sin embargo, ¡cuántos milagros fraguan ahora! Se ha decidido instalar luz eléctrica en las aldeas; dicen que así habrá menos incendios. Está bien, ¡gran Dios! Si no ocurrieran equivocaciones... Pero supóngase usted que se mueve un tornillito en dirección contraria de la debida y toda la aldea se abrasa. ¿Ve usted dónde está el peligro? Permítame usted que le diga: La gente de las ciudades es astuta, pero la de las aldeas es tonta, y es fácil engañarla. Ahora cuentan por aquí cosas muy gordas. Los soldados dicen que durante la guerra regimientos en masa fueron destruidos por la luz eléctrica».

Traté de disipar estos miedos, y de oír palabras más sensatas. La respuesta fué: «Un hombre lo sabe todo, y otro no sabe nada. Este es el origen de todos los conflictos. ¿Como puedo creer en algo si no sé nada?»

Las quejas de los aldeanos contra su ignorancia son ahora muy frecuentes, y tienen un tono más amenazador cada día. Un campesino de Siberia, hombre muy emprendedor y que había organizado una partida a retaguardia de Koltchak, se lamentaba de esta suerte:

«Nuestro pueblo no está todavía maduro para estos acontecimientos. La gente cambia de parecer y de partido cada día. Sus inteligencias están a oscuras. En una ocasión derrotamos un destacamento de Koltchak, apresando tres ametralladoras, un cañón y un carro, matando unos cincuenta enemigos, habiendo perdido nosotros setenta y uno. Estábamos acampados y descansando después de la refriega, cuando, de repente, mis guerrilleros me preguntaron:

«Después de todo, ¿no está la verdad de parte de Koltchak? ¿No estamos combatiendo contra nuestros propios intereses?» (Era uno de los casos en que en Siberia los destacamentos de campesinos y partidarios, se pasaban veinte veces de los bolcheviques a Koltchak y viceversa). ¡Sí! Yo algunas veces me siento lo mismo que si fuese un animal. Así es que no comprendo nada. En todas partes hay conflictos. En Tomsk vive cierto doctor, que es un buen hombre, quien me dijo que habíais estado sirviendo a los

japoneses mediante una fuerte suma desde 1905. Y cierto prisionero de guerra herido, un soldado de marina de Koltchak, pretendió demostrarnos que Lenin estaba jugando el juego de los alemanes y que poseía documentos probatorios de que Lenin sostenía correspondencia, sobre negocios de dinero, con los generales alemanes. Ordené que el soldado fuese fusilado para evitar que tales manifestaciones indujeran a confusión al pueblo, y mucho tiempo después mi alma se sintió perturbada. Realmente no se sabe a quién prestar crédito. Todos están contra todos, y hasta se pierde la confianza en sí mismo».

LA ALDEA Y LA CIUDAD

Yo había tenido bastantes conversaciones con los campesinos acerca de diferentes temas, y por lo general me habían dejado penosa impresión. El pueblo es gran observador; pero es desesperante ver lo poco que comprende. Mis conversaciones acerca de las reliquias, especialmente, me convencieron de que el expuesto fraude de la iglesia había reforzado la actitud de duda y desconfianza de la aldea respecto de la ciudad. No ha variado su actitud hacia el clero y las autoridades, sino hacia la ciudad, a la cual se considera como una complicada organización de hombres astutos, que viven del trabajo y el pan de la aldea, ejecutando muchas cosas que no son de ninguna utilidad para el campesino; al cual pretenden engañar en todos los asuntos, y acaban por engañarle.

En ocasión de trabajar como miembro de la Comisión contra el analfabetismo, hablé con un grupo de aldeanos de los suburbios de Petrogrado, sobre el triunfo de la ciencia y los conocimientos técnicos.

«Sí—replicó uno de los que me escuchaban, que era un bien barbado y soberbio mozo—, hemos aprendido a volar por el aire, como los pájaros; a nadar bajo el agua, como los peces; pero no hemos logrado aprender la manera de vivir en la tierra. Primeramente, hemos debido establecernos sólidamente sobre la tierra, y luego, más tarde, ir a la conquista del aire. Por eso no debemos malgastar el dinero en tales diversiones.»

Otro añadió agriamente:

«De esos artificios que producen grandes gastos de hombres y dinero no lograremos ningún beneficio. Mientras yo necesito herraduras para mis bestias, un hacha y otros objetos útiles, vosotros estáis alzando en las calles un monumento, ¡todo ello no es más que prodigalidad! No poseemos paño para vestir a nuestros hijos, y aquí ostentáis banderas por todas partes.»

Por último, después de una larga e implacable crítica de las «diversiones» de la ciudad, el barbado mujik, añadió suspirando:

«Si nosotros hubiésemos hecho la revolución, hace mucho tiempo que la paz reinaría sobre la tierra y en todas partes imperaría el orden...»

Algunas veces la actitud del aldeano hacia las gentes de la ciudad halla su expresión en una forma tan simple y radical como ésta:

«Todas las personas educadas, deberían ser barridas de la superficie de la tierra. Entonces sería fácil para nosotros, gentes sencillas, el poder vivir. De otro modo nos aplastaréis por completo».

En el año de 1919, el buen aldeano arrebatava tranquilamente al habitante de la ciudad sus vestidos y sus zapatos, y le robaba con astucia cuanto podía, aun aquellos objetos o artículos necesarios o innecesarios para la aldea, a cambio de pan y patatas.

No es necesario hablar de la burda irrisión y vengativa mofa con que la aldea acogía a las gentes hambrientas de la ciudad. Procurando obtener la mejor parte en el cambio, la mayoría de los campesinos procuraban cometer defraudaciones, además de dar carácter humillante a la limosna, porque se resistían a contribuir a la vida del «amo que ha malgastado su fortuna en la revolución». Por otra parte, se advertía que su actitud hacia el trabajador era más deferente, si no más humana. Esta deferencia puede probablemente explicarse por el jovial aviso de un aldeano a otro:

«Debes ser más atento con éste, pues dicen que pondrán un Soviet en donde quieran».

El intelectual estaba casi inevitablemente condenado a sufrir torturas morales. Por ejemplo, después de largos tratos se fijaban las condiciones exactas del convenio, pero el mujik o su mujer decían con la mayor indiferencia al hombre cuyos hijos yacían en casa atacados por el escorbuto:

«No, no; vaya con Dios. Hemos variado de opinión y no podemos darle las patatas».

Cuando alguien se quejaba de que le hubieran entretenido demasiado tiempo, le replicaban despreciativamente:

«Nosotros hemos tenido que esperar más tiempo por vuestra caridad».

Cualesquiera que sean las cualidades que pueda tener el campesino ruso, nunca podrá jactarse de la de generoso. Podría decirse que no es rencoroso en el sentido de que no recuerda el mal que se hace a sí mismo; del mismo modo que tampoco recuerda el bien que hace a los demás.

Cierto ingeniero de las regiones hu-lleras del país, indignado por la acti-

tud adoptada por los campesinos respecto de un grupo de gentes de la ciudad que durante una fuerte lluvia de otoño se refugiaron en una aldea, y por gran espacio de tiempo no lograron encontrar un sitio donde descansar y secar sus ropas, dirigió la palabra a los campesinos hablándoles de los servicios que había prestado la inteligencia a la causa de la emancipación política del pueblo.

En respuesta a su discurso un es-lavo, de azulados ojos y escaso pelo, le dijo:

«Verdaderamente, hemos leído que vuestras clases han sufrido realmente en sus conquistas políticas; pero esas mismas clases fueron las que lo escribieron. Ahora, vosotros, por vuestra propia conveniencia, trabajáis por la revolución y no porque nosotros os lo

exigiésemos. Por lo tanto, no somos nosotros los responsables de vuestras desventuras. Que Dios os recompense por todo ello».

No anotaré aquí estas palabras, si no las considerase típicas. Las oigo constantemente en una forma o en otra, pero siempre expresando la misma idea.

Es preciso tener en cuenta que la obligación impuesta al educado habitante de la ciudad por el aldeano, tiene una seria e instructiva consecuencia para el último. La aldea comprende plenamente la dependencia en que respecto de ella se halla la ciudad, mientras que antiguamente sabía que la aldea era la que dependía de la ciudad.

(El Sol. Madrid).

Hermanos en Cristo

POR CARLOS LUIS SAENZ

A CARMEN LIRA, interpretando el aguafuerte de CARLOS ALBERTO CASTELLANOS. (1)

Y el viejo Fauno se acercó al Santo. En sus ojos de ágata, brillaba una llamita de desconfianza; pero Francisco le dijo: «¡No temas, hermano; ni al lobo, ni al oso, ni a la sierpe silbante, puedo hacerles daño! ¡Mírame, hermano, mírame el costado; esta herida que ves es la marca de amor! Mira las heridas de mis manos; mira las de mis pies, hermano Fauno!»

Y el Fauno le dijo: «Muchas veces te ví por el bosque orándole al Cristo; predicando bondad al viento de la tempestad, o hablando de Dios con tus pajarillos: y ví cómo la tórtola venía a posar sus patitas rojas en tus hombros, y el ciervo a lamer tus manos, y el gato montés a restregar su pelo mojado en la estameña de tu hábito pardo! ¡Tú eres un hombre extraordinario! ¡Hasta creí por momentos que eras de mi antigua raza! Como te acercaste sin miedo, y como has dejado en el tronco de la encina vieja, la mitad de tu miel para mi alimento, te tomé confianza: ¡Hombre extraordinario! y como me llamas y me hablas en tu bella lengua que yo entiendo, a ti vengo!»

San Francisco le dijo: «La paz sea entre nosotros, hermano! Acércate y óyeme! ¡No seas huraño! El sol que nos alumbra desde el cielo, y la flor que se mece sobre su débil tallo, tienen un mismo Creador; y desde la lumbre del sol hasta la fragancia de la flor silvestre, son un himno al Señor de todas las cosas! Porque el Señor es la alegría del Universo; y no hay lugar en la tierra donde puedan posar mis pies, que no sea lugar sagrado! Todo tiene un espíritu hermano del nuestro! Y el que le adora es hermano de todas

las cosas, sin distinción de especies; y es humilde, como el agua hermana, y alegre, como la alondra hermana!

Hermano Fauno: no chafes las rosas en tus carreras lujuriosas. Tú les das dolor, y las rosas sienten y aman y son hijas de nuestro Señor!

Hermano Fauno: guarda tu arco certero; yo he visto cómo hería tu flecha el cuello gracioso de la gacela y cómo teñía con sangre el claro arroyuelo! Y he visto al pato, atravesado al vuelo por tu flecha, caer al estanque, como una flor blanca desprendida del manto azul del cielo!

Hermano Fauno: te he visto danzar las noches enteras, al son de la flauta, en la ronda de las ninfas desnudas y de los sátiros ebrios de vino rojo, cuando sopla el viento tibio y azul de la primavera! Hermano: y nunca te he visto arrodillarte, ni cruzar tus brazos, ni mover tus labios para darle gracias al Creador!

El Fauno le dijo: «¿Hombre extraordinario, quién es tu Dios? Por que he visto que oías a Cristo y predicabas el amor y la alegría: y los cristianos no son como tú, Hombre extraordinario! Los cristianos persiguen en nombre de Cristo y son malos y fieros como los bárbaros que no conocen la belleza; en la selva patria donde vivían nuestros amados Dioses, entraron a sangre y fuego, y en vez del tirso florido traían la cruz sangrienta ¡y en vez de la alegría la tristeza! ¡Pan, nuestro Dios Pan, huyó desde entonces de su selva sagrada y como su siringa tenía

(1) Véase el número 17 del REPERTORIO en curso.

los siete carrizos de las siete notas, se perdió para siempre la armonía sagrada! ¡Ya no más a la luz de la luna, en el rito de Flora, cuando vuelve el germen fecundo de la vida a despertar el amor en el seno de todas las cosas, se oirá flotando en la brisa la sagrada armonía de Pan! ¡Los hombres olvidaron la verdadera alegría! La alegría que los tornaba hijos de los Dioses y hermanos de la Naturaleza! ¡Hombre extraordinario, tu Dios es grande; pero, escúchame tocar mi flauta y dirás si no es más grande que Pan!»

El Fauno arrancó de la caña una extraña música melodiosa que encantó al bosque; los botones se abrieron en las ramas, y entre las altas yerbas los ciervos de ojos dulces, balaban de amor y hasta los lobos se pusieron a bailar cogiéndose la cola. ¡Pero aquella melodía tenía un dejo melancólico como la secreta tristeza del viejo Fauno desterrado; sin patria y sin Dioses! Francisco, le escuchó sonriente y luego le dijo: «Hermano Fauno, dame tu

flauta!» El Fauno le dió la flauta, que sólo podían tocar los labios expertos en gustar las mieles de los besos. Francisco tomó la flauta de caña y tocó. ¡Y dió la flauta panida las siete simbólicas notas del Dios! Entonces danzaron los machos cabríos, sobre la tierra florida, milagrosamente, de asfodelos; los laureles dieron ramos nuevos; se oyeron las risas de las ninfas y en las aguas las náyades se levantaron retorciendo sus largas cabelleras verdes; y pasó un tropel de centauros coronados de pámpanos!

El Santo de Asís, tocaba sentado en la roca y el Fauno le dijo: «¡Tú eres Pan!» Francisco dejó la flauta y le dijo: «¡Hermano Fauno, tú lo has visto... de todos los seres soy hermano en Cristo!» ¡Y se alejó sonriendo por el sendero que llevaba al próximo convento.

Heredia, VII-21-922.

(De una carta a B. R.)

(Envío del autor).

EL POTRO SALVAJE

(APÓLOGO)

Por HORACIO QUIROGA

ERA un caballo, un joven potro de corazón ardiente, que llegó del desierto a la ciudad a vivir del espectáculo de su velocidad.

Ver correr a aquel animal era, en efecto, un espectáculo considerable. Corría con la crin al viento y el viento en sus dilatadas narices. Corría, se estiraba; se estiraba más aun, y el redoble de sus cascos en la tierra no se podía medir. Corría sin reglas ni medida, en cualquier dirección del desierto y a cualquier hora del día. No existían pistas para la libertad de su carrera, ni norma en el despliegue de su energía. Poseía extraordinaria velocidad y un ardiente deseo de correr. De modo que se daba todo entero en sus disparadas salvajes,—y ésta era la fuerza de aquel caballo.

A ejemplo de todos los animales muy veloces, el joven potro tenía pocas aptitudes para el arrastre. Tiraba mal, sin coraje, ni bríos, ni gusto. Y como en el desierto apenas alcanzaba el pasto para sustentar a los caballos de pesado tiro, el veloz animal se dirigió a la ciudad a vivir de sus carreras.

En un principio entregó gratis el espectáculo de su gran velocidad, pues nadie hubiera pagado una brizna de paja por verlo,—ignorando todos qué corredor había en él. En las bellas tardes, cuando las gentes poblaban los campos inmediatos a la ciudad,—y sobre todo los domingos,—el joven po-

tro trotaba a la vista de todos, arrancaba de golpe, deteníase, trotaba de nuevo husmeando el viento, para lanzarse por fin a toda velocidad, tendido en una carrera loca que parecía imposible superar y que superaba a cada instante, pues aquel joven potro, como hemos dicho, ponía en sus narices, en sus cascos y su carrera todo su ardiente corazón.

Las gentes quedaron atónitas ante aquel espectáculo que se apartaba de todo lo que acostumbraban ver, y se retiraron sin apreciar la belleza de aquella carrera.

—No importa—se dijo el potro alegremente.—Iré a ver a un empresario de espectáculos, y ganaré, entretanto, lo suficiente para vivir.

De qué había vivido hasta entonces en la ciudad, apenas él podía decirlo. De su propia hambre, seguramente, y de algún desperdicio desechado en el portón de los corralones. Fué, pues, a ver a un organizador de fiestas.

—Yo puedo correr ante el público—dijo el caballo—si me pagan por ello. No sé qué puedo ganar; pero mi modo de correr ha gustado a muchos hombres.

—Sin duda, sin duda...—le respondieron.—Siempre hay algún interesado en estas cosas... No es cuestión, sin embargo, de que se haga ilusiones... Podríamos ofrecerle, con un poco de sacrificio de nuestra parte...

El potro bajó los ojos hacia la mano

del hombre, y vió lo que le ofrecían: era un montón de paja, un poco de pasto ardidado y seco.

—No podemos más... Y asimismo...

El joven animal consideró el puñado de pasto con que se pagaba sus extraordinarias dotes de velocidad, y recordó las muecas de los hombres ante la libertad de su carrera que cortaba en diagonal la pistas trilladas.

—No importa—se dijo alegremente.

—Algún día se divertirán. Con este pasto ardidado, podré, entretanto, sostenerme.

Y aceptó contento, porque lo que él quería era correr.

Corrió, pues, ese domingo y los siguientes, por igual puñado de pasto cada vez, y cada vez dándose con toda el alma en su carrera. Ni un solo momento pensó en reservarse, engañar, seguir las rectas decorativas para halago de los espectadores que no comprendían su libertad. Comenzaba al trote como siempre, con las narices de fuego y la cola en arco; hacía resonar la tierra en sus arranques, para lanzarse por fin a escape a campo traviesa, en un verdadero torbellino de ansia, polvo y tronar de cascos. Y por premio, su puñado de pasto seco que comía contento y descansado después del baño.

A veces, sin embargo, mientras trituraba con su joven dentadura los duros tallos, pensaba en las repletas bolsas de avena que veía en las vidrieras, en la gula de maíz y alfalfa olorosa que desbordaba de los pesebres.

—No importa—se decía alegremente.—Puedo darme por contento con este rico pasto.

Y continuaba corriendo con el vientre ceñido de hambre, como había corrido siempre.

Poco a poco, sin embargo, los paseantes de los domingos se acostumbraron a su libertad de carrera y comenzaron a decirse unos a otros que aquel espectáculo de velocidad salvaje, sin reglas ni cercas, causaba una bella impresión.

—No corre por las sendas, como es costumbre—decían,—pero es muy veloz. Tal vez tiene ese arranque porque se siente más libre fuera de las pistas pisoteadas. Y se emplea a fondo.

En efecto, el joven potro, de apetito nunca saciado y que obtenía apenas de qué vivir con su ardiente velocidad, se empleaba siempre a fondo por un puñado de pasto, como si esa carrera fuera la que iba a consagrarlo definitivamente. Y tras el baño, comía su ración,—la ración basta y mínima del más obscuro de los más anónimos caballos.

—No importa—se decía alegremente.

—Ya llegará el día en que se diviertan.

El tiempo pasaba, entretanto. Las

voces cambiadas entre los espectadores cundieron por la ciudad, traspasaron sus puertas, y llegó por fin un día en que la admiración de los hombres se asentó confiada y ciega en aquel caballo de carrera. Los organizadores de espectáculos llegaron en tropel a contratarlo, y el potro, ya de edad madura, que había corrido toda su vida por un puñado de pasto, vió tendérsele en disputa apretadísimos fardos de alfalfa, macizas bolsas de avena y maíz—todo en cantidad incalculable—por el solo espectáculo de una carrera.

Entonces el caballo tuvo por primera vez un pensamiento de amargura, al pensar en lo feliz que hubiera sido en su juventud si le hubieran ofrecido la milésima parte de lo que le introducían ahora gloriosamente en el gazoate.

—Entonces—se dijo melancólicamente—un solo puñado de alfalfa como estímulo, cuando mi corazón saltaba de deseos de correr, hubiera hecho de mí al más feliz de los seres. Ahora estoy cansado.

En efecto, estaba cansado. Su velocidad era sin duda la misma de siempre, y el mismo el espectáculo de su salvaje libertad en la carrera. Pero no poseía ya el ansia de correr de otros tiempos. Aquel vibrante deseo de tenderse a fondo, que el joven potro entregaba antes alegre por un montón de paja, precisaba ahora toneladas de exquisito forraje para despertar. El triunfante caballo pesaba largamente las ofertas, calculaba, especulaba finamente con sus descansos. Y cuando los organizadores se entregaban por último a sus exigencias, alzábale por fin de la fatiga su deseo de correr. Corría entonces, como el solo era capaz de hacerlo, y regresaba a deleitarse ante la magnificencia del forraje ganado.

Cada vez, sin embargo, el caballo era más difícil de satisfacer, aunque los organizadores hicieran verdaderos sacrificios para excitar, adular, comprar aquel deseo de correr que moría bajo la presión del éxito. Y el potro comenzó entonces a temer por su prodigiosa velocidad, si la entregaba toda en cada carrera. Corrió entonces por primera vez en su vida reservándose, aprovechándose cautamente del viento y las largas sendas regulares. Nadie lo notó—o fué acaso más aclamado que nunca,—porque se creía ciegamente en su salvaje libertad para correr.

Libertad... No, ya no la tenía. La había perdido desde el primer instante en que reservó sus fuerzas para no flaquear en la carrera siguiente. No corrió más a campo traviesa, ni a fondo, ni contra el viento. Corrió sobre sus propios rastros más fáciles, aquellos que más ovaciones habían arrancado. Y en el miedo siempre creciente de agotarse, llegó un momento

en que el caballo de carrera aprendió a correr con estilo, engañando, escarceando cubierto de espumas por las sendas más trilladas. Y un clamor de gloria lo acompañó.

Pero dos hombres que contemplaban aquel lamentable espectáculo, cambiaron algunas tristes palabras.

—Yo lo he visto correr en su juventud—dijo el primero.—Y si uno pudiera llorar por un animal, lo haría en recuerdo de lo que hizo este mismo caballo cuando no tenía qué comer.

Por la educación popular en la ciudad de México

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES

12º FESTIVAL AL AIRE LIBRE organizado por la Dirección de Cultura Estética, el domingo 25 de junio de 1922, a las 11 horas, en la Tribuna Monumental del Bosque de Chapultepec.

PROGRAMA

I.—DOLORES HAY.—Canción mexicana. Arreg. M. Ponce. 2,000 obreros y obreras de los Centros de Orfeón «Antonio Gómez», «Cenobio Panagua», «Alberto Villaseñor», «Ricardo Castro», «Melesio Morales», «Felipe Villanueva», «Agustín Caballero», «José Austri» «Felipe Larios» y «Aniceto Ortega», con acompañamiento de la Orquesta Típica de obreros de los mismos Centros.

II.—TARANTELA.—Baile. N. N. Grupo de alumnas de la escuela de «Enseñanza Doméstica».

III.—EJERCICIOS CON CLAVAS.—Alumnos de la Escuela Superior de Administración y Comercio. Número a cargo de la Dirección de Cultura Física.

IV.—LA VIOLETA.—Orfeón a 4 partes; Castañeda. Obreros y obreras del Centro de Orfeón «José Austri».

V.—BAILE Y CANTO MAYA.—(a petición). C. Cárdenas. Grupo de alumnos de la Escuela «Horacio Mann».

VI.—a) PARA AMAR SIN CONSUELO. Arreg. E. Díaz.

b) PENSANDO EN TI. Arreglo Torres Ovando Nieto. Canciones mexicanas. 2,000 obreros con acompañamiento de Orquesta Típica.

VII. HIMNO NACIONAL.

Entrada libre

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEPARTAMENTO DE EXTENSION
UNIVERSITARIA

Mes de Julio

Programa de conferencias dedicadas a los obreros de la fábrica de calzado «Excelsior»:

Martes 4.—La Independencia de Ve-

—No es extraño que lo haya hecho antes—dijo el segundo.—Juventud y Hambre son el más preciado don que puede conceder la vida a un fuerte corazón.

Joven potro: Tiéndete a fondo en tu carrera, aunque apenas se te dé para comer. Pues si llegas sin valor a la gloria, y adquieres estilo para trocarlo fraudulentamente por pingüe forraje, te salvará el haberte dado un día todo entero por un puñado de pasto.

(La Nación. Buenos Aires).

nezuela y de Estados Unidos de América.—Alejandro Gadski.

Jueves 6.—Cómo es nuestro territorio.—Elpidio López.

Martes 11.—Higiene popular.—Salvador Uribe Rivera.

Jueves 13.—La Revolución Francesa.—Enrique Santibáñez.

Martes 18.—Legislación obrera.—Guillermo Novoa.

Jueves 20.—La nao de China.—Rafael Heliodoro Valle.

Martes 25.—Problemas biológicos.—Isaac Ochoterena.

Jueves 27. Los Derechos del Hombre.—Luis Sánchez Pontón.

(A la vuelta)

«La energía moral no se adquiere indolentemente como se coge una flor en seto; se conquista laboriosamente y se saca veces, como el carbón, de las profundidades sombrías. Voy a indicar alguna de las fuentes en que mana.

»Una de las fuentes es la idea elevada que uno se forma de la vida. Estamos todos extenuados sobre la vida a fuerza de encontrarla en nuestro camino. No nos sorprende ya. Así es como ciertos montañeses, a fuerza de tener ante sus ojos las bellezas de su valle natal, se hacen insensibles a ellas. Es preciso que abandonen el país y vuelvan como extranjeros para ser impresionados por lo que tienen de pintoresco y de grandioso.

»Se hace necesario también el discutir como una novedad lo que creemos conocer de larga fecha. No es esto cosa fácil. Como la mayoría de los hombres miran sin ver, necesitan que se les muestre lo que ven. Lo que les rodea y les concierne les deja fríos. Y este desprecio por las cosas próximas no es sino el reflejo de la idea miserable que se forman de su propia vida. Sin duda que cada uno tiene su orgullo, orgullo estúpido que hace que se prefiera a los demás. Pero este orgullo se liga a lo que hay de mediocre en nosotros y se mantiene de ello. El sentimiento de la verdadera dignidad es extremadamente raro».

Lo que hicimos en América y lo que hicieron otros

POR FABIAN VIDAL

UN escritor mexicano, D. Carlos Pereyra, autor de muchos e interesantes libros donde se estudian los problemas de América desde un punto de vista conservador y a la vez antiyanqui, ha publicado recientemente otro, titulado *La obra de España en América*, que es una reivindicación bastante documentada, de nuestra acción descubridora, conquistadora y colonizadora.

Los españoles debemos agradecer al señor Pereyra su bien intencionado esfuerzo generoso. Frente a las leyendas que agrandan las viejas verdades lastimosas, leyendas que en ocasiones tuvieron como base testimonios escritos hispanos, desde *La destrucción de las Indias*, del padre Las Casas, a las *Noticias secretas de América*, de don Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, era honrado y oportuno exponer indiscutibles realidades magníficas.

Escritores como Cuningham se dejaron llevar por el prejuicio. Encontraron una opinión formada y la aceptaron, en vez de reaccionar contra ella y someterla a la experimentación y al análisis de una crítica apoyada en el conocimiento. Y lo mismo sucede con Launay, con Seignobos y con otros escritores, que en sus libros han tenido que ocuparse de la españolización del mundo colombino. Los errores, las falsedades y las afirmaciones caprichosas contenidos en ellos, serán divulgados más tarde por el periodista en su periódico, y el profesor en su cátedra, y el cónsul en sus informes, y el simple burgués en sus conversaciones privadas...

Sí. Nos ha hecho un daño infinito la mala fama de nuestras crueldades exterminadoras en América. Angel Ganivet contaba que conversando en Helsingfors con una señorita finlandesa, ésta le dijo: «Aquí sabemos de sobra que los españoles son muy valientes, pero muy inhumanos». Y como Ganivet pretendiera convencerla de que en inhumanidad allá nos íbamos con los demás pueblos europeos, la señorita en cuestión repuso: «No, no. He leído la historia del descubrimiento y colonización de la América española».

Los franceses, ingleses y holandeses que desembarcaron en la América del Norte apenas tropezaron con obstáculos. Un suelo accesible y penetrable, que dilatada su litoral frente a Plymouth y los *Cinco puertos*; unas

naciones indias esparcidas en vastísimos territorios de caza y tan poco numerosas, que todas las tribus que vivían entre la región forestal atlántica y el Missisipi no reunían arriba de 150.000 almas; unos ríos navegables hasta cerca de sus fuentes, como el Connecticut, el Hudson, el Delaware, el Susquehanna, el James y el Potomac, que descienden desde la altiplanicie de los Apalaches en busca del

Balada de los suicidas

Ojos claros, serenos y misericordiosos,
te pedimos, oh Padre, para ver la partida
de aquellos que se fueron sin acabar su vida.
Ojos claros, serenos y misericordiosos.

Con los ojos cerrados, pobres niños, a os-
[curas...
Jesús el Viernes Santo se conmovió por ellos,
cuando, para tres días, cerró los ojos bellos.
Con los ojos cerrados, pobres niños, a os-
[curas...

Se les pasó la vida golpea que golpea...
Vamos de puerta en puerta, pero sólo una
[cosa
calma nuestros anhelos, Hermana Mariposa.
Se les pasó la vida, golpea que golpea...

Si Dios nos revelara cuáles son los cami-
nos...
Hermano que te acercas, hermano que te
[alejás,
fuera de mi rebaño yo tengo otras ovejas.
Si Dios nos revelara cuáles son los caminos...

Sólo Dios ha contado los verdaderos muer-
[tos...
Mi espíritu es un viento que sopla donde
[quiera:
el humilde que viva y el soberbio que muera.
Sólo Dios ha contado los verdaderos muer-
[tos...

Ojo de Agua escondido de la Samaritana...
Voltaire y Vargas Vila pasan, los dos blas-
[femos—
aguas turbias; nosotros, agua limpia busque-
[mos.
Ojo de Agua escondido de la Samaritana...

Vivamos nuestra vida muy silenciosamente
como los niños locos de yo juego, tú juegas,
burlándonos de aquellas fatalidades ciegas.
Vivamos nuestra vida muy silenciosamente.

Ciegas para los hombres, pero el Ojo
[divino...
¡Padre Nuestro, murmura la hormiga fran-
[ciscana,
es tu luz, de mis ojos, la silenciosa hermana.
Ciegas para los hombres, pero el Ojo Di-
[vino...

Ojos claros, serenos y misericordiosos,
te pedimos, oh Padre, para ver la partida
de aquellos que se fueron sin acabar su vida.
Ojos claros, serenos y misericordiosos.

A. H. PALLAIS, Pbr^o

(Envío del autor. León, Nicaragua).

océano brindando a los pioneros de la invasión blanca sus líquidos caminos seguros; un país muy parecido a Inglaterra, sin ventisqueros, desiertos ni pantanos; todo se ofrecía al emigrante, todo le facilitaba su obra.

En cambio, los españoles y portugueses, encadenados al miraje de las Antillas, de Méjico, de Panamá y de Sud América—que si también intentaron el avance por el Norte y realizaron por sus tierras audaces exploraciones, muchas veces trágicas, dedicaron la mayor parte de su energía a las regiones estrictamente colombinas—, detenidos por la inmensa selva pantanosa del Amazonas, de siete millones de kilómetros cuadrados, teniendo que luchar con vastos imperios poderosos, como el incaico y el azteca, se extenuaron en fabulosas empresas, debidas al empuje y al espíritu de aventura de la nobleza y la clase media y del pueblo, que aspiraba a salir de su humilde condición. La Corona no ayudaba. Eran los particulares quienes se lanzaban a las Indias doradas, a riesgo y ventura, comprando desde el barco al arcabuz, desde el caballo a la simiente que había de fructificar en la virgen tierra soñada. Como siempre sucede en España, el Estado fracasó y triunfaron las iniciativas individuales. Media España se derramó por América, con sus hidalgos, sus licenciados, sus frailes, sus capitanes, sus soldados veteranos de Italia y de Flandes. Y todo fué hecho desordenada y caprichosamente, sin planes de conjunto, a merced de los azares, de la casualidad, del hallazgo. Cuando un hombre genial, como Cortés, dueño de Méjico, organizaba la conquista, la intriga cortesana le apartaba de ella y enviaba para reemplazarle pretenciosas medianías.

* *

Y con todo eso, ¡qué de inteligencia, de valor, de intuición, de atisbo increíble, de corazonada vencedora, de perspicacia, hay en la obra española de América! Don Carlos Pereyra procura en su libro demostrar que, amén de los conquistadores, y a la par de ellos, es de justicia recordar a los que fundaron la agricultura y la ganadería y dieron así cimiento económico a las empresas de riesgo y milagro, a los que entregaban sus escudos al caudillo y al navegante y hacían posible el armamento, el desembarco y la exploración, y de que es representación y símbolo aquel eclesiástico Luqué, socio capitalista o mandatario de los socios capitalistas de Pizarro y Almagro.

No todo era la lucha y el asalto, la travesía y el internamiento en el bosque impenetrable, poblado de alima-

ñas, ni la navegación por gigantescos ríos desconocidos, entre orillas enmarañadas que poblaban razas indómitas. La industria cañera de Cuba, de La Española, de Puerto Rico, de Jamaica, de que habla tan largamente Oviedo, fué la base económica de la ocupación continental. Con Calderón puede decirse, leyendo a Pereyra, que en nuestra América, más que en parte alguna, no habría habido un capitán si no hubiese habido un labrador antes...

¿Qué fuimos avaros y descuidados y duros y déspotas? Es verdad. Como

los franceses, y los ingleses, y los holandeses, más arriba del golfo de Méjico. La diferencia estriba en que ellos, cuando avanzaban, apenas tenían enfrente enemigos serios, mientras que nosotros dominábamos con sangre y hiel, aparte de una Naturaleza que se defendía con sus selvas y sus pantanos, naciones formidables de millones de almas, organizadas jerárquicamente, apegadas a viejas civilizaciones tradicionales, y que no había manera de adaptar a las normas institucionales de Occidente...

(El Sol. Madrid).

Cartas dantescas ⁽¹⁾

III

COMPAÑERA del alma, a nosotras, las mujeres que tenemos inteligencia de Amor, que somos entendidas en las cuestiones del sentimiento, se dirige el poeta en el siguiente párrafo de su deliciosa VITA NUOVA. Quiere, con nosotras, hablar de su amada, no porque pretenda lograr decirnos cuanta alabanza ella merece, sino porque ansía desahogar su mente llena de las maravillas de aquella alma dilecta que en este mundo es la única esperanza de aquel que más tarde, en el Infierno, dirá a la extraviada gente: ¡Yo ví la bienaventuranza de los buenos!

Quien desee gentil dama parecer, vaya tras ella puesto que en los corazones viles que por su sendero transitan, hace morir las torpes tentaciones y enmudecer los ingratos deseos. Los malos, al verla, en buenos enseguida se convierten o, de lo contrario, mueren: tanto es el encanto de su bondad, que, acabar mal, no puede quien una vez con ella ha hablado.

Empieza, como vez, preferida amiga, el poeta magnífico pronunciando el más hermoso de los elogios que pudiera hacer de su amada. La inmensa pasión que hacia ella le lleva, impregna su alma de tanta bondad que le parece imposible que los demás hombres, los buenos y los malos, apaguen, por un instante siquiera, lo que de divino llevan en su interior e iluminen la propia senda con la lámpara sorda de los rencores y de las envidias que también son rencores.

Ante tales y tantas nobles manifestaciones, surge la idea curiosa de saber, de labios del poeta mismo, qué es Amor.

Y contesta con aquel soneto inspirado en las doctrinas del sutil bardo bolonés, Guido Guinizelli, aquellas

doctrinas que ambas recordamos a menudo en esa deliciosa tierra nuestra:

*En corazón gentil siempre el Amor
se acoge cual el ave a la espesura:
y no hizo al corazón antes que a Amor
ni antes que al corazón a Amor, Natura.*

Son, para aquellos dos grandes poetas, Amor y alma gentil la misma cosa, ya que no pueden existir el uno sin la otra como haber no es posible alma racional privada de razón.

Y la Amada, que es foco de amorosas intenciones, es tan delicada que, llevando en los ojos la llama del amor, hace gentil cuanto ella mira, logrando que al pasar todos a contemplarla se vuelvan, haciendo el corazón temblar de aquel a quien saluda. Si baja los ojos todo palidece; huérfana de aquella luz de bondad, todo suspira: huyen, ante ella, soberbia e ira. Toda dulzura, todo pensamiento humilde nace en el corazón a quien hablar la escucha. La paz que derrama su rostro, al sonreír, no es posible definirla, ni recordarla siquiera: tal es aquel nuevo milagro gentil.

Sin quererlo he ido haciendo la traducción, bastante libre por cierto, de esa maravillosa poesía que tantos corazones ha cautivado. No es posible

decir en forma más sencilla y mejor sentida cuantas bellezas constituyen el cuerpo y el alma de la mujer predilecta.

Tanta delicia hace contraste con la tristeza que satura los párrafos siguientes del magnífico libro al que vengo refiriéndome.

Dice el Poeta en su COMEDIA que no hay mayor dolor que recordarse, en la miseria, de los tiempos que para nosotros fueron mejores. Tiene razón Dante; pero esa tristeza no es sino nostalgia de las comodidades que disfrutamos, de los momentos felices por los que la vida se deslizó casi sintirla; sin embargo, a mi juicio, existe otro mayor dolor que el citado por el excelso Poeta Florentino: esa suprema amargura es la de recordarse, en los momentos felices, de aquellos otros instantes que fueron los más negros para nosotros: ese dolor no tiene nada de egoísta; por el contrario, es una angustia que nace de la evidente diferencia que existe entre la felicidad de la que estamos gozando actualmente y la desdicha que recordamos fué nuestra compañera en tiempos no lejanos o que suponemos lo sea en épocas venideras, tal vez muy próximas.

Por esa razón me causa un escalofrío inmenso aquella POSTUMA que Lorenzo Stecchetti tituló MEMENTO y que en su primera estrofa dice. *«Cuando, lectora mía, cuando veas enloquecer por las calles el carnaval, oh! no te olvides, no te olvides nunca, que hay moribundos en el hospital!»*

Esa misma impresión me produce la lectura de los párrafos en los que Dante, en su VITA NUOVA, relata la muerte del padre de su amada, el Generador de tanta Maravilla cuanta se veía en la nobilísima Beatriz. Y piensa el poeta en la forma gentil con que ella ha de llorar tamaña pérdida, forma tal que, quien la mira siente que la piedad ha de herirlo inmediatamente como supone que afirman, al pasar, algunas mujeres, que a su lado tuvieron ocasión de derramar lágrimas amargas por el tránsito eterno de aquel bondadoso padre.

Y a esas mujeres piadosas se dirige

ACEITE MARTÍ ★ VINOS ESPAÑOLES
PAPEL LEPANTO ★ ELIXIR SAIZ DE CARLOS

Depósito: IMPRENTA ALSINA

ALSINA Y PEREZ MARTIN

(1) Véase el número anterior.

el Florentino inmortal preguntándoles: Oh! vosotras, que lleváis el semblante humilde, con los ojos bajos, demostrando así vuestro intenso dolor, decidme, ¿de dónde venís que vuestro color parece de la piedad semejante? Y ellas, en otro soneto, le responden preguntándole, a su vez, tan desfigurado por el llanto lo ven, si es él aquel que a menudo, con ellas, de Ella ha conversado. Y le piden que las deje llorar, ya que vieron el llanto de la virgen deliciosa, ya que escucharon de cerca sus lamentos y comprendieron la inmensa angustia de aquella mujer bendita entre todas las mujeres.

UN VENDEDOR DE SU GLORIA

POR CORPUS BARGA

DESDE que el Sr. Gustavo Simon, que es un erudito más especialmente victorhuguesco, publicó su «Historia de una colaboración», todo el mundo sabe cómo las obras más absurdas de Alejandro Dumas fueron escritas en colaboración con un profesor de Historia, que dió prueba de ser un verdadero sabio, y cuyo nombre ya no pasará, por lo mismo, a la posteridad, sino en voz baja. Augusto Maquet fué superior a Dumas, aunque lo mejor en las obras de Alejandro Dumas no sea de Maquet. «La Historia no es más que un clavo en el que está colgado el cuadro», decía Dumas refiriéndose a sus melodramas históricos. En efecto, para el adorno de sus obras, tenía perfecto derecho a comprar todos los clavos que le hicieran falta en la ferretería de la Historia. Pero Augusto Maquet, no sólo le vendió 45,000 francos de hierro viejo destinado a sus principales melodramas de capa y espada. El 16 de febrero de 1846, cuando Dumas se hallaba en toda celebridad, le vendía despectivamente la gloria de colaborar con él. El colaborador de «Los tres mosqueteros» hubiera sido el octavo sabio de Grecia, si hubiese tomado ante todo ciertas precauciones; porque resultó que, a los dos años, Dumas hizo bancarrota, y Maquet nunca cobró los 45,000 francos.

Ahora sus herederos reclaman, para él, la gloria y, para ellos, la parte que le correspondería en los derechos de autor. El pleito se ha visto en la Audiencia del Sena. Lo interesante para el público es que si ganan el pleito los herederos de Maquet, algunas obras, «Los tres mosqueteros», «El conde de Montecristo», no caerán en el dominio público a los cincuenta años de la muerte de Dumas, padre, es decir: dentro de dos, sino a los cincuenta años de la muerte del señor Maquet, quien, hombre sabio, murió obscura-

Dejo, querida mía, para la próxima otras hondas tristezas que me hacen llorar, tal vez porque comprendo cuanta realidad hay en ellas.

No me supongas, por eso, romántica; muy lejos de serlo estoy; créeme cualquier cosa... créeme, si quieres, eno- morada. Tal vez esa suposición podría explicarte muchas cosas.

Con cariño te recuerda constantemente,

FIORENZA DELL'ARNO

En Ravenna, en un día sin sol, cerca de la tumba del Divino Allighieri.

(Envío de la autora)

mente, pero vivió mucho. Los cincuenta años de su muerte no se cumplen hasta 1938. Y sea cualquiera la sentencia del pleito, el nombre del señor Maquet no pasará a la posteridad bajo los títulos de las obras de Dumas. «Los tres mosqueteros» son cuatro, como pueden comprobar ustedes en el folletín de «El Sol», y sigue llamándoseles los tres. Con exactitud habría que decir: «Los cuatro mosqueteros», por Alejandro Dumas y Augusto Maquet. El cual Augusto, si no conoció suficientemente la economía de Dumas, pareció conocer bastante las necesidades humanas para haber sido el primero en no extrañarse de que, mientras haya aficionados a la vaga literatura, se continúe voceando:

—¡«Los tres mosqueteros», por Alejandro Dumas!

París y mayo

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos

Por la regeneración física en el mundo orgánico

EL ilustre Albert Edward Wiggam, en el nuevo Decálogo de la Ciencia declara: El Supremo Hacedor manifiesta hoy su voluntad al hombre por medio de la ciencia. En vez de grabar sus preceptos en las tablas de piedra de la antigüedad, hace brotar del laboratorio, sus revelaciones asombrosas. La biología (ciencia de la vida) es el nuevo evangelio que viene a completar las enseñanzas del cristianismo, mostrando a los hombres la técnica para alcanzar el perfeccionamiento físico, intelectual y moral.

El axioma del doctor Antonio Maggiorani es:

«La electricidad es vida. El equilibrio de la misma en el organismo es SALUD: introducir electricidad en el organismo (sea por la piel, sea por el estómago) cuando falta, es hacer salud. Saber proporcionar la introducción de la electricidad (sea que defecte por falta de producción, sea que defecte para suministrar su producto a embarazadas), es lo que sirve para regenerar el mundo orgánico».

La salud es el principal bien, y así el primer factor económico.

Nuestro cuerpo nos debe servir sin hacerse sentir. Las funciones del mismo deben llevar gusto, no disgusto. Cuando el cuerpo se siente, o las funciones no dan gusto, esto significa que el equilibrio de la electricidad falta, y cuando no se tienen daños anatómicos, con restablecer el equilibrio eléctrico cesan los disturbios.

Dr. ANTONIO MAGGIORANI.

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPE
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

¡EL CORAZON DE CRISÓSTOMO!

POR CARLOS LUIS SAENZ

MARCELA se internó por la selva, y como era la hora calurosa buscó refugio en la fresca sombra de unos álamos. Quería estar tranquila, pero su corazón, como el pájaro después del tiro errado del cazador, saltaba por las ramas de la emoción. Y sus mejillas tenían un leve tinte rosa y su frente despejada, una leve palidez bajo el cabello negro y abundante que ahora le caía, en gracioso desorden, por los hombros, blancos como la leche de sus cabras, iredondos como la luna llena! Parecía, tendida allí sobre la yerba, como la diosa rústica que venía a iniciar los juegos de la primavera y del amor, tal resplandecía su hermosura virginal!

Ella, descuidada de sí misma en el seguro recato de la selva, pensaba en el pastor Crisóstomo: allí, al pie de la peña, donde hacen su nido los cuervos, donde crece el duro cardo y la zarza da flores de sangre; allí, bajo la húmeda arcilla, bajo la cruz de piedra, dormía ya para siempre! ¡En sus ojos azules cristalizada la última lágrima!

No la cruel peste que roe las entrañas con indecible dolor, no la ponzoña de la serpiente que se oculta entre las yerbas altas, ni el artero puñal que lleva la muerte en línea recta al corazón, ni los lobos feroces de las noches invernales; nada de esto lo llevó al misterio, su muerte fué más dolorosa! ¡Murió de amor!... La bruja del pueblo que tiene yerbas para todas las enfermedades y que conoce el secreto de los astros y de las estaciones, no encontró remedio para el desgraciado pastor Crisóstomo, el de las tiernas endechas!... ¡Murió de amor!... Y la pastora inquieta quería apartar de su memoria la imagen del muerto por amor! ¡En vano! Entonces se levantó y fué al arroyo en busca de agua: y estaba el agua serena y más clara que nunca: cuando se inclinó para hundir sus manos en la linfa, oyó que en su murmurio el arroyo decía: «¡Murió de amor! ¡Murió de amor!» Con un gesto de desdén se apartó del arroyo sin probar sus aguas claras y volvió a la sombra de los álamos! En ese instante soplabla la brisa y el rumor de los ramajes, extendiéndose por todo el bosque como un lamento, decía: ¡Murió

de amor! ¡Murió de amor! Huyó Marcela de aquel sitio y al llegar a los cañaverales, el viento decía silbando entre las hojas de esmeralda ¡Murió de amor! ¡Murió de amor! En la laguna, los lirios de agua, parecidos a cajas de plata sobre una pulida bandeja de cristal, se mecían dulcemente y decían: ¡Murió de amor! ¡Murió de amor! Huyó Marcela de aquel sitio, pero los árboles, y los pájaros, el agua de las fuentes y hasta el son lejano de las campanas del pueblo, y el más cercano de zampoñas y flautas pastoriles, repetían en todas partes: ¡Murió de amor! ¡Murió de amor!

Marcela vagó todo aquel día por lo más secreto de la selva; allí donde el lobo tiene su guarida entró a reposar. ¡En vano! Donde quiera resonaba el eco de su pensamiento: ¡Murió de amor! ¡Murió de amor! Y cuando vino la noche, el lucero de los pastores, abriéndose en el cielo, luminoso como el príncipe heredero cuando se muestra entre sus cortesanos, dijo con una gran voz de plata: ¡Murió de amor! Y todas las estrellitas dijeron a coro: ¡Murió de amor! ¡Murió de amor! Y la pastora, huyendo de la estrellas vagó toda la noche! Y el día siguiente con su larga noche! Los pastores decían que una alma desolda vagaba por las serranías: y la bruja del pueblo vió marchitarse en su huerto la yerba preciosa de la alegría y la esperanza, que crece bajo los granados en flor.

Y al tercer día llegó Marcela, desgarrado su vestido, en sangre tintos los hermosos pies blancos, flotando al viento en sueltas guedejas su cabellera negra, los ojos muy abiertos con la visión del terror, como los de la tímida gacela acorralada por los galgos, loca, loca de amor a abrazarse a la cruz de piedra sobre la tumba de Crisóstomo. ¡Y entre sus brazos picados de espinas, la cruz floreció! Y dió una flor blanca, pura, como hecha por los serafines!

Todo el pueblo vino a ver el milagro, y después de contemplar la flor, compadecieron a la hermosa pastora loca! Cuando llegó la bruja se arrodilló y tres veces besó el suelo diciendo: Esta flor maravillosa, nació en el Monte de la Crucifixión el Viernes Santo a las tres de la tarde; sólo una vez es dado contemplarla en en la vida! ¡Esta flor devuelve la paz al corazón; tomadla, pastora, y sanarás de tu locura! ¡Es la medicina de amor!»

Heredia, 21. VII. 922.

Carta a B. R.

(Envío del autor).

Ediciones del Sr. García Monge

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

APARTADO DE CORREOS 533

TITULOS DISPONIBLES

Ediciones Sarmiento

Juan Maragall: <i>Elogio de la palabra</i> ...	0.20	oro am.
Clarín: <i>Cuentos</i>	0.20	>>
José Martí: <i>Versos</i>	0.40	>>
José Enrique Rodó: <i>Lecturas</i>	0.20	>>
Enrique José Varona: <i>Lecturas</i>	0.20	>>
Herodoto: <i>Narraciones</i>	0.20	>>
Almafuerte: <i>El Misionero</i>	0.20	>>
Ernesto Renán: <i>Emma Kosilis</i>	0.20	>>
Silverio Lanza: <i>Cuentos</i>	0.20	>>
Carlos Guido y Spano: <i>Poesías</i>	0.20	>>
Andrés Gide: <i>Oscar Wilde</i>	0.20	>>
R. Arévalo Martínez: <i>El hombre que parecía un caballo</i>	0.20	>>
Rubén Darío en Costa Rica I.....	0.40	>>
Rubén Darío en Costa Rica II.....	0.40	>>
Dmitri Ivanovitch: <i>La Ventana y otros poemas</i>	0.40	>>
Cornelio Hispano: <i>Bolívar</i>	0.25	>>
Arturo Torres Rioseco: <i>En el Encantamiento</i>	0.30	>>

El Convivio

Roberto Brenes Mesén: <i>Pastorales y Jacintos</i>	0.20	oro am.
Manuel Díaz Rodríguez: <i>Cuatro Sermones Líricos</i>	0.20	>>
Giacomo Leopardi: <i>Parini o De la Gloria</i>	0.20	>>
Federico de Onís: <i>Disciplina y Rebelión</i>	0.20	>>
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y Heroísmo</i>	0.20	>>
Eugenio D'Ors: <i>De la amistad y del diálogo</i>	0.20	>>
Santiago Pérez: <i>Artículos y Discursos</i>	0.20	>>
Ernesto Renán: <i>Páginas escogidas I</i>	0.20	>>
» » » II.....	0.20	>>
Marqués de Santillana: <i>Serranillas y Cantares</i>	0.20	>>
Rabindranath Tagore: <i>Ejemplares</i>	0.20	>>
Julio Torri: <i>Ensayos y Fantasías</i>	0.20	>>
Enrique José Varona: <i>Emerson</i>	0.20	>>
Enrique José Varona: <i>Con el estabón</i>	0.20	>>
Enrique José Varona: <i>Con el estabón (Segunda parte)</i>	0.20	>>
José Vasconcelos: <i>Artículos</i>	0.20	>>
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones y otros artículos</i>	0.20	>>
Antonio de Villegas: <i>El Abencerraje</i>	0.20	>>
Juana de Ibarbourou: <i>El cántaro fresco</i>	0.30	>>
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	0.30	>>
Enrique Díez-Canedo: <i>Sala de retratos</i>	0.30	>>
José Moreno Villa: <i>Florilegio</i>	0.30	>>
Samuel Velásquez: <i>Madre</i>	0.30	>>
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	0.30	>>
Rafael A. Ureta: <i>Florilegio</i>	0.30	>>
M. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	0.40	>>
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	0.60	>>
Longfellow: <i>Evangelina</i>	0.40	>>
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	0.40	>>
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el Cine. El buitre que se tornó calandria</i>	0.40	>>
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Augustura</i>	0.40	>>

Ediciones de autores centroamericanos

R. Fernández Guardia: <i>La Miniatura</i>	0.20	oro am.
Octavio Jiménez: <i>Las coccinelas del rosal</i>	0.15	>>
Rómulo Tovar: <i>De variado sentir</i>	0.15	>>
» » » <i>En el taller del platero</i>	0.15	>>
» » » <i>De Atenas y de la Filosofía</i>	0.15	>>
Rafael Heliodoro Valle: <i>El rosal del ermitaño</i>	0.15	>>
José Olivares: <i>Poesías</i>	0.15	>>
Alberto Masferrer: <i>Pensamientos y prosa</i>	0.30	>>

Para anuncios

entiéndase directamente con el señor don Otto Hütt, nuestro agente exclusivo en San José.

UNA BIOGRAFIA ESPIRITUAL

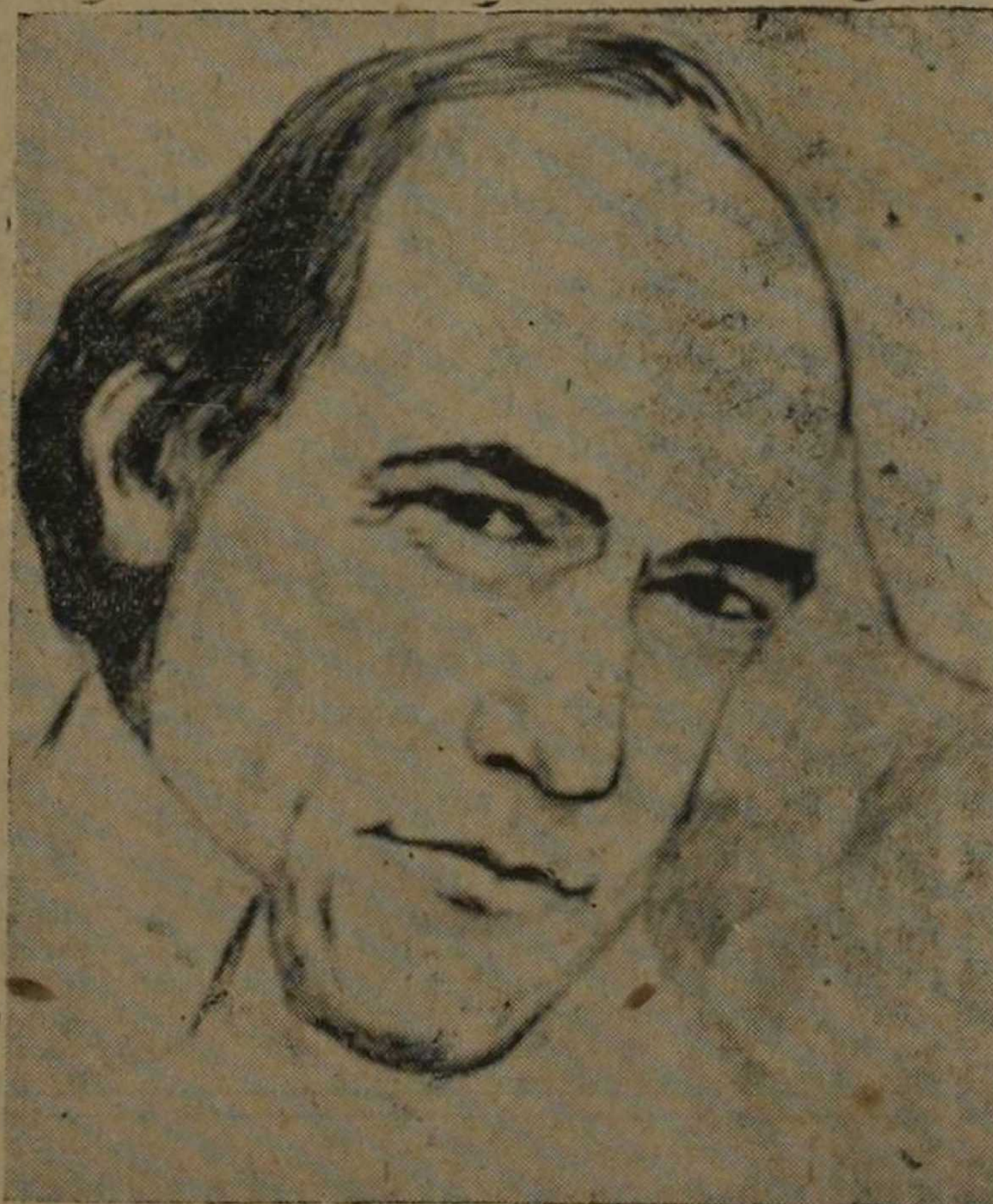
ANDRÉ GIDE

POR NAPOLEÓN PACHECO

UN día el crítico francés Juan Schlumberger recibió un libro de Andrés Gide⁽¹⁾ y una tarjeta que decía: *André Gide en viaje...* ¿Para dónde va el gran poeta, el exquisito narrador? Como a tantos otros viajeros, le cogerá la noche en los caminos y las gentes se preguntarán quién es ese extraño vagabundo, sin equipaje, y que marcha en silencio. El viaje es desplazamiento del espíritu, es la curva, plena de melancolía, en su transformación, que va describiendo su parábola infinita en la inteligencia. Por eso Gide, nacido en París e hijo de padre uceitano y de madre normanda ha tomado el partido de viajar. Al contrario de Barrés, que escribió *Deracinés* para probar la excelencia del reposo, del recogimiento — siempre en el afán moral — Gide se interesa por las cosas que cambian en el espacio y en el tiempo. Sí, es verdad, Racadot, en la novela de Barrés, no hubiera asesinado, si su vida se estancara en Lorena; pero entonces no supiéramos quién es Racadot, y su vida nos fuera sin sentido. El horror al cambio es patrimonio de seres débiles.

Andrés Gide nunca supo mostrarnos un personaje, si no es en lugares distantes del globo. ¿Recordáis sus páginas magistrales sobre Oscar Wilde — acaso lo más sereno de su espíritu —? Hoy nos lo presenta en París; luego en Argelia y más tarde en un pueblucho de la Normandía; en Bernal, cuando el dandy, ya en desgracia, huye de las grandes ciudades. ¡Ah!, y la parábola DE LA BIBLIA, *El Hijo Pródigo*, cómo tiene ese encanto de inestabilidad, cuando en el fastuoso festín, el curioso viajero nos relata las aventuras del desierto, y cómo eran los hombres que vió y las cosas tan extrañas que se le fueron muy adentro por sus ojos que ahora sólo miran la tristeza. ¿Volverá a partir?, se pregunta su madre. No, nunca, nunca más; pero cuando su hermano menor, fascinado por el prestigio del hijo pródigo, y por las leyendas del pastor, su amigo, insiste en abando-

nar la casa, el extraño viajero siente nostalgia y sin escuchar otra cosa que la conciencia, lo deja partir. — «¡Déjame, déjame! Permaneceré aquí para consolar a nuestra madre. Sin mí serás más valiente. Ahora es tiempo. El cielo palidece. Parte sin hacer ruido. ¡Vamos! bésame, hermano; tú



ANDRÉ GIDE

(Grabado de R. SCHWARTZ).

te llevas todas mis esperanzas. Sé fuerte: olvídanos: olvídate. Pudieras tú no regresar... Desciende lentamente. Yo tengo la lámpara»...

Es cierto: Ulises pudo haber disminuido los días de su viaje y haber besado mucho antes, en Itaca, a la casta princesa. ¿Y la aventura? ¿Y aquellas islas distantes, y el mar, y ese espíritu de curiosidad, más acá del cual todo interés por la vida es efímero? La moralidad que nos enseñaron de la línea recta, no tiene valor: es tan bella la línea curva y hay tantas cosas admirables cuando dilatamos, perdidos entre los hombres, un viaje!

Gide ha encontrado el tipo del verdadero viajero en Simbad el marino. «Ningún ser más libre, nos dice, más ajeno a todo, más flotante. No tiene, ello parece así, otra figura que la que sus aventuras le van formando; pare-

ciera sin carácter, si no fuera su pasión, que precisamente lo precipita a la aventura: una curiosidad insaciable». Simbad es, como Ulises, un *politas*, pero a quien nadie aguarda en su reino: partirá para volver otra vez hacia un punto del horizonte, desconocido.

La curiosidad es para el espíritu de este hombre, como Antinea, la mujer sin la cual, una vez vista, no se podía vivir y que, sin embargo, convertía a sus amantes en bronce. Pero no es por cierto la curiosidad irónica de France, la curiosidad epicúrea que se satisface en una boca porque hay otras que lo esperan... Es la curiosidad que se abandona en sí misma para haziarse y buscar cada día más el olvido, para recomenzar una nueva aventura. Cuando Simbad el marino regresa a Bagdad, ya está triste, cansado a la sola contemplación de sus palacios. Hay necesidad de partir, porque a esta tranquilidad le falta algo: el peligro. Su curiosidad está alimentada de peligro.

El individualismo de Andrés Gide nace en este amor a la afirmación del yo que se escapa a todos los hombres; es, por lo tanto, un individualismo negativo. Nadie como él ha estudiado y sentido a Oscar Wilde y sin embargo, cuán poco lo ha penetrado. Su libro, *El Inmoralista* — el inmoralista es Dorian Gray —, trasciende a un Wilde que hubiera dado mucha importancia a su yo, y en verdad, elegante y hombre de espíritu, supo Wilde que en el desprecio del propio individualismo, los demás quieren encontrar inmoralidad. No, Wilde no era inmoral; Wilde fué *amoral*.

La amoralidad es afirmación consciente de la moral, por contraste, y no negación de ella. Y porque Gide tiene al frente de su tomo, esta frase admirable: «*Los extremos me tocan*», yo quisiera ser su *moralista* en donde, con su arte insuperable, nos relatará las visisitudes del hombre moral.

Hay una enorme contradicción entre la realización de la obra de Gide y la intención de este espíritu excelso. Gide quiere libentar almas, formar hombres, en quienes predomine el sentido del diálogo, — y no esclavos, discípulos. Pero, cuán humillada está su propia inteligencia bajo el peso de sus páginas, en las gracias de su estilo maravilloso. La leyenda de Narciso sorprendió al poeta y en la primera fuente que encontró — recuérdese que es un viajero — se detuvo para contemplarse. ¡Ah! y él mismo nos dice en

(1) André Gide: *Morceaux Choisis*, edición de la «Nouvelle Revue Française», París, 1921.

dónde encontró esa fuente: en el fervor. ¿Por qué allí? El fervor es admiración religiosa y la admiración tiene consecuencia en la obra que se construye. Y el caso se complica porque, poeta, ha llegado a la admiración de su propia desesperanza, de su propio dolor. Fuerte sentimiento de incomodidad, que impregna de belleza sus páginas, aquel en donde encuentra que, después de toda realización perfecta, aun nos queda en el alma la desesperanza. Menalco aprendió, siendo adolescente, que «los razonamientos no dirigen a los hombres y que a cada razonamiento se le puede oponer otro adverso no difícil de encontrar». Entonces el joven partió a buscarlo, a lo largo de las vías, por caminos interminables... Aquí comenzó la tragedia y como todas las tragedias terminó en el amor; pero su amor era fervoroso, es decir, era sumisión. Sobre ese fervor construyó, como todos los hombres, a Dios: en el fondo de las fuentes se vió a sí mismo y entonces pensó en Dios. Y es que Dios tiene muchas formas, no sospechadas por los hombres, que aunan, en sus fervores o devociones, todas las tramas del recuerdo. Detrás de lo múltiple está el espíritu; «detrás de tus puertas cerradas, Dios permanece... Todas las formas de Dios son adorables, y todo es la forma de Dios». Aquel pobre personaje de Dostoiévsky, de los *Poséidos*, Kiriloff, para probar que era Dios se mata. ¡Pobre loco! En aquel momento fué Dios: creó su propia conciencia ¿Menalco hará otro tanto? No, no, Dios mío: Menalco se siente triste al ver que Nietzsche,

ya loco, conversa con R, su hermana, sin saber que es Nietzsche. Tiene miedo de ser loco antes de morir.

Hay una parte de esta vida que no nos interesa. Es precisamente en donde tiene más acción, más movimiento y posiblemente la que más ama el escritor. ¿Quién es Lafcadio Whiski? Es un noble bastardo y por el sentimiento de odio hacia la sociedad que lo rechaza, vive una existencia de poses insufribles. Aquí quisiéramos más bien poner puntos suspensivos...

* *

André Gide encuentra el secreto de una obra de arte, en los siguientes versos de Carlos Baudelaire:

*Lá, tout n'est qui ordre et beauté
Luxe, calme et volupté.*

Sobre tales conceptos levanta el andamio de su estética, profundamente clásica.

He aquí sus proposiciones:

1º *Orden* (Lógica, disposición razonable de las partes).

2º *Belleza* (Línea, aliento, perfil de la obra).

3º *Lujo* (Abundancia disciplinada).

4º *Calma*.⁽¹⁾ (Tranquilidad en el tumulto).

5º *Voluptuosidad* (Sensualidad, encantos adorables de los asuntos, fascinación)..

En tal marco se mueve el espíritu

(1) Supongo que A. G. ha querido expresar aquí su sentimiento de serenidad, palpable, como en casi ningún autor actual de Francia, en la mayor parte de su obra. —N. del A.

de este escritor, estilista insuperable, poeta sereno y sobre todo, crítico penetrante. Gide es, aunque él mismo piense en una exageración exclusiva y constante del latinismo francés, un espíritu esencialmente francés. El genio de la raza, no obstante, tiende a entroncarse con un sentido de la *barbarie*, en el significado griego del término, que forma el contraste sobresaliente de su personalidad, en Francia. No sólo el mar Mediterráneo existe: más allá de las columnas de Hércules se extiende el océano. Sin embargo, él encuentra la manera de confundir los términos clásico y francés y en el fondo hay una verdad: es clásico lo que lleva un sello de serenidad, de recogimiento—pudor, dice Gide—y que sin embargo penetra, en una sola aptitud, a lo más hondo del corazón.

Las obras clásicas primero llegan al sentimiento; luego, y muy rara vez, a la inteligencia. Y véase bien: cuando digo que Gide es clásico, me extiendo a la fuerza de su estilo, a la audacia de su ideación; si rompiera los espejos de sus cuartos de trabajo para olvidar en lo *banal*, su personalidad, su clasicismo sería perfecto... Después de todo, Andrés Gide es un artista sensible y también un *amateur* del pensamiento.

París, 1922.

(Envío del autor).

LECTOR, amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

GAÑE USTED MUCHO DINERO

Procedimiento patentado alemán, para hacer espejos

Con nuestro procedimiento patentado alemán, puede usted platear (azogar) toda clase de vidrios y de cristal, sin necesidad de utilizar la calefacción ni la Sal de Rochela. Nuestro procedimiento patentado, no contiene Eter ni Formol, ni Sal de Seignette.

La luz de un espejo plateado por nuestro procedimiento, es mucho más clara que la que se obtiene por cualquier otro. Lo mismo se puede platear láminas grandes que pequeñas y el costo de platear cada pie cuadrado es de dos centavos solamente.

En jornada de ocho horas, cada obrero puede platear (azogar) cincuenta metros de cristal, como minimum. Para montar su taller no necesita maquinaria ni capi-

tal, pudiendo con diez pesos adquirir en ésa los utensilios necesarios para este objeto.

Recuerde usted que es más difícil pintar una puerta, que hacer un espejo por nuestro procedimiento, cuyo plateado le garantizamos por diez años.

Las materias primas están de venta en todas las farmacias y droguerías y para pedidos de importancia podemos servirselas desde nuestros almacenes, libres de gastos a su domicilio o estación del ferrocarril más inmediata.

Escribanos hoy a esta dirección y a vuelta de correo le daremos toda clase de detalles e informaciones.

EXPORTADORES **SEIJO & VALDES** IMPORTADORES

LA CORUÑA (España)

Podemos enviarle cualquier cantidad de vidrios nevados y de colores. Vidrios sencillos y Cristales dobles para Espejos y Escaparates (Vidrieras) con precios especiales para pedidos de importancia.

Pídanos nuestro catálogo ilustrado de Vidrios y Cristalería alemana, que le enviaremos completamente gratis.

Latino-América

Señor don Marco A. Zumbado,
Presidente del Centro Intelectual Editor
de Costa Rica,

San José.

Muy estimado amigo:

EN carta anterior ⁽¹⁾ dije a Ud. poco más o menos quiénes realizan en México la excelente labor de confraternidad hispano-americana, con propósitos de futura grandeza de la Raza, manifestando ansiedad por la depuración de los altos espíritus que hoy andan sin rumbo por el campo de todos los vicios de la tierra; manifestando amor hacia las virtudes de la sangre propia y entusiasmo por la realización de los más conspicuos ideales de los hombres. Ahora deseo indicar a Ud., para atacar sin rodeos el problema, que es, en concreto, lo que debemos proponernos a manera de vasto programa internacional de inmediato y profundo desarrollo en el Continente:

La unión de Hispano-América: he aquí el inmenso propósito. Mas, apenas planteado, ha de surgir la imperativa necesidad en la acción. De otro modo, cuanto pueda expresarse no son sino vanas palabras...

El principio será obra parcial: se unirán los países de destinos más similares; después, las grandes agrupaciones análogas, hasta llegar a constituir la enorme nacionalidad de Hispano-América. En el Norte: la unión de Centro América con México; la unión de las Antillas. En Sud América: Colombia, Venezuela y Ecuador; Perú, Chile y Bolivia; Paraguay, Uruguay y Argentina. ¿Y Brasil? Será la corona de la consiguiente unión de Ibero-América, ideal de la Raza.

No asustarse, pues, del formidable problema... Mas pensemos en la forma técnica de empezar a realizarlo, querido y generoso amigo. El plan es

(1) Véase el número anterior del REPERTORIO.

mío y, como tal, está lleno de defectos. Seré rigurosamente laconico.

1º—Las agrupaciones habrán de comunizar los programas de enseñanza. (Centro América y México, en lo que respecta a enseñanza primaria, harían bien en optar los programas actuales de Costa Rica. Alguien prepara unos programas metodológicos modernísimos con aplicación a la 2ª enseñanza).

2º—Comunizar las constituciones en sus principios fundamentales y de aplicación extensamente humanitaria, de conformidad con los adelantos modernísimos del derecho.

3º—Orientar los intereses económicos de los países análogos, lo más, dentro de lo posible, hacia rumbos de defensa internacional. (Con muy especiales razones convendría que México hiciera un esfuerzo titánico por vincularse con Centro América, res-

paldándola en alguna forma, en lo referente a las deudas de las cinco repúblicas).

4º—Ferrocarriles internacionales; vías marítimas bien organizadas. (En lo que toca a México y Centro América aquel país debe hacer esfuerzos colosales por establecer la unión aérea de las seis repúblicas).

5º—Inclinar a la intelectualidad vagabunda que puebla nuestras metrópolis hacia los motivos criollos, hacia la vida criolla, hacia la alta política, hacia la originalidad que ha de libertarlos de Europa, hacia la masculina virtud de formar pueblos con el verbo escrito y con el verbo hablado. Estimularlos con ventajosas posiciones políticas. Educarlos para que la diplomacia deje de ser en ellos exclusivo patrimonio de aventureros sin palabra y sin nombre. (Hacia este ideal tienden hoy muchos gobiernos de América). Etc., etc.

6º—No considerar a los Estados del Norte como un peligro permanente sino como un caso de simples circunstancias históricas. Me hace pensar en ello la poca solidez de los políticos yanquis que no han cambiado su conducta con los pueblos menores, después del fatal desastre alemán. De esos políticos que no saben hacerse aparecer pequeños con la cortesía, para intentar permanecer grandes; de esos archimillonarios que provocan la envidia de las potencias más peligrosas del globo, con sus bárbaras diplomacias. De esos brutos que permanecerán diez años más a la cabeza del mundo...

* *

Tal el plan, a grandes trazos. Trataré de hablar con cierta extensión de cada uno de los puntos escritos, en mis próximas cartas para Ud. Haré una encuesta que estimo podría apadrinar el REPERTORIO AMERICANO, y en la cual se habrá de preguntar a los más distinguidos intelectuales de América, *qué planes podrían constituirse para la inmensa realización del ideal de Bolívar*. Veremos lo que piensan esos hombres de hechos concretos que pondremos bajo la consideración

Más ejemplares de la nueva obra

POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: ₡ 5-00.

EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

<i>Cuentos a Sonny.</i> Por Santiago Pérez Triana.....	0.25	oro	am.
<i>Tardes de Invierno.</i> Por F. Pi y Margall.....	0.25	>	>
<i>Florilegio.</i> Por diversos autores.....	0.25	>	>
<i>La Edad de Oro.</i> Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50	>	>
<i>Los Cuentos de mi tía Panchita.</i> Por Carmen Lira. Edición aumentada.....	0.50	>	>

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

GRAN FABRICA DE VELAS "LA POLAR"

APARTADO

756

CESAREO GARCIA, SUCS.

LAS MEJORES VELAS QUE SE FABRICAN EN EL PAÍS

ORDENENOS UN PEDIDO Y SE CONVENCERA

TELEFONO

126

SAN JOSE DE COSTA RICA

ilustre de sus mentalidades. Agitaremos las preocupaciones más íntimas de la Raza, desde México al extremo Sur de nuestra América.

Y veremos pasar de continuo sobre nuestras cabezas, la sombra eterna del Libertador...

De Ud. atto. servidor y amigo,

M. VINCENZI

para que lo lleve el viento donde lo quiera llevar.

A la montaña o al río, al estero o al manglar, donde lo escuches, bien mío, entre la brisa del mar.

He puesto mi pensamiento en la vela de un bajel, para que lo lleve el viento siempre libre y siempre fiel.

Si a las costas de tu amor el bajel logrará arribar, no detengas, por favor, ni un momento su bogar.

Que siga mi pensamiento en la concha o el bajel, impulsado por el viento, siempre libre y siempre fiel.

J. J. SALAS PÉREZ

(Envío del autor).

Puntarenas.

Voces marinas

LOS MARINEROS

De pie en esta playa los miro partir; son altos y fuertes, serena es su faz; remando, cantando, bogando se van...

Se van a otras playas lejanas de aquí y cruzan cual aves marinas el mar; se van y no vuelven, no tornan jamás.

No tienen ni padres que lloren su ausencia, ni esposas que impriman un beso en su faz; ni niños que digan: ¡Papá, volverás?

Y alegres y altivos los miro partir y quedo yo triste de frente hacia el mar: remando, cantando, bogando se van...

Vosotros, artistas, remeros del alma, si veis los ensueños lanzarse a la mar, decid que no vuelven, no tornan jamás!

HE PUESTO MI PENSAMIENTO

He puesto mi pensamiento en una concha del mar,

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Doctor PEDRO HURTADO PEÑA

MEDICO Y CIRUJANO

Especial atención a los Partos. Clínica situada a 25 varas al Este de la Botica «La Dolorosa».

Horas de consulta: de 10 a 12 m. y de 2 a 5 p. m.

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

ABOGADOS

ALEJANDRO ALVARADO Q.

RICARDO FOURNIER

TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

¡Hagamos Patria!

Este es el grito de actualidad. Sí, hagamos Patria, pero no solamente con versos sonoros y discursos clamorosos.

Hagamos Patria, estimulando y protegiendo la agricultura y las industrias nacionales.

La empresa industrial EL LABERINTO, netamente costarricense, elabora telas y jabones que rivalizan con los productos similares extranjeros.

AYUDÉMOSLA, ESTIMULÉMOSLA

¡HAGAMOS PATRIA!